
FRAY MOCHO
MARTINEZ



De todo un poco

UN ARBOL MOLESTO

Al volver hace algunos años de Australia un notable naturalista, describió un árbol original que crece en Queenslandia y tiene la particularidad de dar unos pinchazos sumamente dolorosos.

Algunas veces—dice el citado naturalista —mientras me dedicaba en medio de los bosques a la caza de pavos, me olvidaba completamente del peligroso árbol, hasta que su característico olor me advertía su presencia y me ponía en guardia. Esto me ocurría a veces cuando ya estaba rodeado por todas partes de tan molesto vegetal. Sin embargo, he tenido la suerte de haber sido picado por el árbol sino una sola vez, en mis múltiples excursiones por las selvas australianas, y esa vez muy levemente, por fortuna.

Los efectos de esta picadura son curiosos. El pinchazo no deja cicatriz ni marca alguna, pero el dolor que causa es tan agudo que la persona picada cree volverse loca, y dura tanto que durante meses se siente agudo dolor en la parte herida, no sólo al tocarla, sino en tiempo de lluvia, cuando la atmósfera está húmeda y cuantas veces se humedezca o moje la parte picada. Si la picadura es en las manos, está uno condenado a sufrir horribles dolores cuantas veces se lave.

He visto una vez a un hombre que era muy sufrido para el dolor—añade el viajero—retorcerse y revolcarse por el suelo, loco, desesperado de dolor por una de estas picaduras; y otra vez vi un caballo que se había metido en un bosque de estos árboles, volverse tan furioso que se arrojaba con la boca abierta para morder a cuantas personas veía. Tan furioso y enloquecido se hallaba por el dolor de las picaduras, que fué necesario matarle de un tiro.

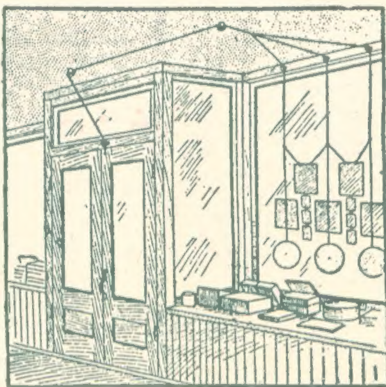
Cuando un perro se siente picado por tan poco simpático vegetal, corre desesperado, aullando lastimosamente, y sólo se detiene para morderse la parte herida y arrancarse trozos de su propia carne.



—El.—¿Cincuenta pesos por un sombrero? ¡Pero esto ya es insoportable!

Ella.—Pero observa, querido, la hermosa caja en que viene...

PARA ATRAER AL PUBLICO.—El grabado reproduce un buen sistema para llamar la atención del público sobre un escaparate.



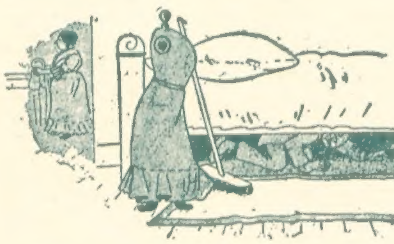
Cierto número de postales, estampas o tarjetones penden de tres cordones que pasan por unas poleas situadas en el techo, en la disposición que enseña claramente el grabado, y terminan en un solo cordón que va atado a la puerta vidriera del establecimiento, de suerte que al abrirse ésta suben y bajan los tarjetones, los cuales deben ser de colores fuertes para que llamen más la atención.

LA MUELA DEL JUICIO

La muela del juicio, o sea la última de las muelas que poseemos los humanos, y que el vulgo considera como un indicio de haber llegado a la edad de la sensatez, en realidad no es sino un recuerdo de los tiempos en que el hombre, desprovisto de toda noción de industria, era un mamífero puramente vegetariano, un ser que no comía más que frutos y raíces.

Comparando mandíbulas de diferentes mamíferos, se observa que en aquéllos que son fitófagos, es decir, que se alimentan de substancias vegetales, la rama ascendente de la quijada forma con la porción horizontal un ángulo muy obtuso; a veces, casi no hay ángulo. En cambio, en las especies que comen carne, este ángulo tiende a cerrarse, siendo tanto menos obtuso cuanto más carnívoro es el animal. Esta diferente conformación, en relación con el diferente uso que los animales hacen de sus quijadas, trae consigo otra diferencia: el tamaño de la última muela. En los herbívoros y frugívoros, esta muela es muy grande; en los carnívoros es muy pequeña o falta por completo, como ocurre en el gato. Al reducirse el ángulo de la mandíbula, la muela en cuestión no tiene sitio para desarrollarse y tiende a la atrofia.

Esto mismo se observa comparando las quijadas de los hombres prehistóricos con las de los actuales. En primer lugar, tenemos los restos más antiguos que se han encontrado, los del hombre más primitivo que se conoce, con una muela del juicio enorme, una segunda muela algo más chica, y la primera más pequeña todavía. Luego vienen las mandíbulas de los antiguos pueblos cazadores, de aquellos que en las cavernas nos han dejado representaciones de sus matanzas de ciervos, de bisontes y de caballos. En ellos, la proporción de las muelas, se invierte: la primera es la mayor, continúan en gradación descendente hasta la tercera. El hombre se había hecho en aquella época eminentemente carnívoro. De las investigaciones de los antropólogos, puede deducirse que en el transcurso de los siglos la muela del juicio habría llegado a desaparecer en la especie humana, si ésta no hubiera tenido el acierto de hacerse omnívora, de comer de todo, con lo cual el proceso atrófico de la muela del juicio se ha detenido, y si bien no ha vuelto a aumentar en tamaño, por lo menos todavía existe, siquiera aparezca tarde.



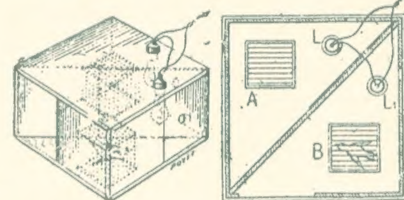
—¡Oh, la perversa; todavía está ahí!

UNA CAJA MAGICA.—Se trata de un inocentísimo juego de prestidigitación; pero del mayor lucimiento.

Sobre una caja cualquiera se coloca un tabique divisorio disponiendo en cada compartimento la instalación de una luz eléctrica.

El tabique divisorio debe colocarse diagonalmente; por uno de los lados debe haber una pared de cristal.

Para operar se coloca un objeto en un departamento y se da luz. El objeto se verá



perfectamente; si en el otro departamento se ha colocado otro objeto y se enciende la lámpara, a medida que se va apagando la otra el objeto primero parecerá que se transforma en el segundo. Y si se coloca un tercero en el lugar del primero lo mismo ocurriría a aquél.

Mejor que con la luz eléctrica se opera con dos quinqués de petróleo.

UN INSTANTE

La esposa deja a su marido en la puerta de una gran tienda, para que la espere un instante mientras ella compra una tela que necesita. Cuando sale, le pregunta:

—¿Te he hecho esperar mucho?

—¡Qué esperanza!—exclama él.—Figúrate que tan pronto entraste en la tienda yo tomé un auto, me fuí a lo del sastre, me probé el traje que me está haciendo, fuí hasta Flores a casa de tu mamá para saber cómo sigue su salud, dí un paseo por el bosque de Palermo y visité de vuelta el salón de pintura, y tú ¿has encontrado tu género?

—No, tendré que volver mañana, porque van a cerrar la tienda.

CONCIENCIA

—Chocho, — dice la mamá, — cómete esa masa porque nadie la va a comer ahora que la has tocado.

Chocho no se hace repetir y minutos después exclama con acento de profundo pesar:

—Mamá, he tocado otra masa.

FRAY MOCHO

Año VI — Buenos Aires, 22 de noviembre de 1917 — Núm. 291

La traición germánica a Italia durante la Triple Alianza.

En este excepcional artículo se levanta por vez primera el velo que cubre los misterios de la Triple Alianza y la perfidia de Alemania y de Austria a su aliada. Los documentos y los concretos en que se basa este relato, son, absolutamente, dignos de fe, aunque por el momento no es posible dar a la publicidad los nombres de las personalidades que los proporcionaron al autor. Este, Mr. Benington, ciudadano norteamericano, es caballero de la Corona de Italia, vicepresidente de la rama neoyorkina de la Sociedad Dante Alighieri y de la Alianza Educativa Italiana. Ultimamente fué secretario del Comité de Recepción de la Delegación italiana a los Estados Unidos.

Cuando se abran los archivos secretos de las cancillerías europeas y su contenido sea estudiado por los historiadores del futuro, una de las más sombrías páginas en los anales de la diplomacia será la que comprende la historia de la Triple Alianza. Sólo entonces se conocerá en toda su medida la perfidia y la deslealtad alemana y austriaca. Desde que Italia rompió por fin con sus aliados de treinta y cuatro años, estadistas cuyos labios debieron permanecer sellados hasta entonces, han revelado algunos de los negros secretos. Una parte de ellos han tenido eco fragmentario en las columnas de la prensa, no muchos, pero suficientes para que se piense con asombro en la larga y sufrida paciencia de Italia que, abofeteada por sus aliados, les ofrecía la otra mejilla...

En los últimos meses el autor ha tenido el privilegio de vislumbrar algo detrás del telón de la Triple Alianza, y de llegar a la posesión de algunos incidentes de la historia diplomática no revelados hasta ahora. Uno o dos estadistas, cuya autoridad es incuestionable, me los han relatado dándome permiso para hacerlos públicos. Lo que sigue es un breve resumen de hechos de traición de parte de Alemania y Austria en sus relaciones con su aliada. He agregado algunos episodios ya conocidos para ofrecer tan completo como sea posible el relato de la perfidia teutónica.

Cómo se hizo la Triple Alianza.—

Italia fué virtualmente obligada a ingresar en la alianza. En 1882, cuando se hizo el tratado, tenía que afrontar graves cuestiones, tanto internas como externas. Francia se había posesionado de Túnez, territorio que Italia ambicionaba, espoleada en su aspiración por Bismarck que quería debilitar a Francia en el Mediterráneo. Un incidente, el asesinato de unos obreros italianos en Marsella, hizo hasta cierto punto tirantes sus relaciones con Francia. Bismarck amenazaba intervenir en las relaciones de Italia con el Papado y sus órganos periodísticos incitaban a que Alemania intentara la restauración de Roma al Papa. Bismarck mismo conspiraba para agravar las relaciones franco-italianas. El ejército y la armada de Italia eran tan reducidos y poco eficaces que no estaba en condiciones de arriesgar una ruptura con Francia, y entonces sus estadistas aceptaron la alianza con Alemania y con su enemigo hereditario, Austria, pues lo que necesitaban en ese momento era solamente la paz.

El objeto de Alemania al admitir en la alianza a una nación tan insignificante como era Italia en esa época, fué el de contrarrestar la influencia de Francia en el Mediterráneo y el de amortiguar la hostilidad de Italia para con Austria, que más tarde podría ser un peligro. Esa hostilidad, entonces como hoy, se manifestaba por la determinación de agregar a la nueva Italia Unida, las provincias italianas que permanecían bajo el yugo austriaco. Se temía especialmente que Austria perdiera Trieste, Istria y Dalmacia, es decir, una salida al Mediterráneo de las potencias germánicas. Era, pues, también por el interés de Alemania. Imaginaron, que siendo su aliada Italia, abandonaría sus aspiraciones a esas provincias del Adriático.



Por qué Italia renovó la alianza.

El pueblo italiano jamás simpatizó con la Triple Alianza, y aunque ésta fué renovada en 1887, en 1891 y en 1902 obligaba a Italia cada vez menos a medida que los italianos se daban cuenta de que sus aliados no hacían caso de su país cuando así convenía a sus intereses. Las sucesivas renovaciones de la alianza de parte de Italia se debieron únicamente a su deseo de conservar la paz en Europa, pues es muy difícil descubrir qué beneficio ha obtenido Italia con esa alianza. A menudo ha causado asombro que la renovara. Explican el misterio estas palabras pronunciadas en París el 22 de junio de 1916, por el señor Tittoni, que fué en toda su larga carrera uno de los sostenedores de la Triple: "Estábamos con Austria por la paz, por el equilibrio del Adriático, para garantir la independencia y la integridad de los Estados balcánicos y hemos permanecido fieles hasta el momento en que ella, al abandonar este programa, nos obligó a buscar en otra parte los medios de practicarlo. Aquellos de nosotros que por muchos años han sostenido lealmente la alianza de Italia con Austria, sirviendo a la causa de nuestro país y a la de la paz de Europa, no nos desdecimos de nuestro pasado, sino que, por el contrario, lo reafirmamos, porque el pasado en vez de contradecir a nuestra actitud presente es su más eficaz justificación. Italia no traicionó la alianza. Austria misma la traicionó, al mismo tiempo que a la causa del derecho, de la justicia y de la paz".

En 1884, sólo dos años después de la firma del tratado de la Triple Alianza, Alemania y Austria violaron sus prescripciones, y desconociendo a su aliada, firmaron un tratado secreto con Rusia. Una de las varias razones por las cuales Italia se había aliado con Alemania y Austria fué el deseo de precaverse contra una agresión rusa y austriaca en los Balcanes. Pero por aquel tratado Bismarck obtenía la promesa de que Rusia y Austria observarían una "neutralidad benévola" en la eventualidad de una guerra entre Alemania y Francia, y en cambio de esa promesa se comprometía a favorecer las ambiciones de Austria y de Rusia en "honesto corretaje" en los Balcanes.

La alianza secreta con Rusia convirtió a Italia en una entidad menospreciable a los ojos de Bismarck y de los estadistas austriacos que bailaban cuando aquél movía los hilos.

Una encrucijada para Italia.—

En 1892, un año después de la segunda renovación de la Triple Alianza, vencieron los tratados comerciales que Italia tenía con Alemania y con Austria. Eran tratados distintos y separados que no dependían de ninguna forma de la Triple Alianza. Ni siquiera eran concurrentes y sus términos diferían, pues cada uno de ellos comprendía relaciones especiales entre Italia y el otro país. Durante varios meses se hizo negociaciones para renovarlos. El tratado con Alemania quedó arreglado y establecido sin mucha dificultad. Pero por su parte, Austria, suscitaba objeción tras objeción a los términos propuestos por Italia, tratando de arrancar a su aliada comercial concesiones de la más onerosa naturaleza. El marqués de Rudini, entonces ministro italiano de Relaciones Exteriores, ansioso de solucionar el asunto de una vez, hizo varias concesiones; pero se llegó a un punto en que ya no era posible ceder. Viena continuó sosteniendo términos que Rudini conceptuaba opresivos y rechazando las razonables propuestas italianas.

Entretanto, aunque ya se había convenido con Alemania las cláusulas de su tratado, no se producía la firma del gobierno alemán que debía ratificarlo. Rudini urgía a Alemania para que firmara y a Austria para que se aviniese a la razón, cuando le llegó un despacho del embajador italiano en Berlín, informándole que el gobierno alemán le había hecho saber que Alemania no ratificaría su tratado comercial mientras Italia no accediera a las condiciones austriacas, pues entre Alemania y Austria había un convenio secreto a este respecto.

Así fué cómo los aliados de Italia trataban de exprimirla como entre dos piedras y obligarla a ceder a condiciones que la pondrían comercialmente a su merced.

Jaque mate con un doble ultimátum.—

Pero el marqués de Rudini era tal vez más hábil de lo que creían en Berlín y en Viena. He aquí cómo desbarató el complot que a Italia habían preparado sus aliados:

Hizo llamar a los embajadores alemán y austriaco. El de Alemania, general Solms, llegó primero. El marqués lo recibió de pie y no lo invitó a sentarse. Poniéndose el monóculo en su ojo izquierdo, el ministro italiano se dirigió más o menos en estos términos al embajador alemán:

"Excelencia: la demora en ratificar esos tratados comerciales es una especie de extorsión de parte del gobierno que usted representa. Tengo el honor de informarle que si el tratado pendiente no ha sido firmado antes de las veinticuatro horas, romperé la Triple Alianza y anunciaré mis razones al resto del mundo."

Pocos minutos después llegó el embajador austriaco, y el marqués de Rudini, lo trató de la misma manera, diciéndole:

"Excelencia: deseo repetirle las palabras que hace pocos minutos he dirigido a su colega alemán y agregarle que se aplican precisamente al tratado que está ahora pendiente entre el gobierno de Italia y el de Su Majestad el emperador de Austria."

Los dos desconcertados embajadores abandonaron el Ministerio de Relaciones Exteriores, y apenas llegados a sus respectivas embajadas telegrafiaron a Berlín y a Viena.

Antes de que expirara el término de veinticuatro horas, Berlín y Viena habían firmado los tratados.

Allá por el año 1904 Austria comenzó a preparar fortificaciones en las elevadas montañas de la frontera que dominan a Italia. Debe recordarse que la frontera entre Austria e Italia corre a lo largo de la base de esas mon-



tañas y que éstas, junto con sus pies, están casi todas en el lado austriaco. En 1905 el ejército austriaco realizó sus grandes maniobras, a las que asistió el emperador, precisamente en las montañas de la frontera italiana. Esto no era, por cierto, una ruptura de la Triple Alianza, pero sí una amenaza que un aliado no hace.

La deslealtad más flagrante.—

La más flagrante de las deslealtades a Italia fué la anexión de Bosnia y Herzegovina, que realizó Austria en octubre de 1908. Basta, para comprenderlo, leer el artículo VII de la Triple Alianza, que dice así:

"Austria Hungría e Italia, que tienen únicamente en vista el mantenimiento, en cuanto sea posible, del statu quo territorial en el Este, se comprometen a impedir todos los cambios territoriales que puedan ser desventajosos a una u otra de las potencias firmantes del presente tratado. A este fin se darán recíprocamente toda la información que sirva a ilustrar a cada una respecto a sus propias intenciones y las de otras potencias. Si en el curso de los sucesos se produjera el caso de llegar a ser imposible el mantenimiento del statu quo en el territorio de los Balcanes, o de las costas otomanas e islas en el Adriático o en el Mar Egeo, y esto en consecuencia de la acción de una tercera potencia o por cualquier otro motivo, y Austria-Hungría o Italia se vieran obligadas, por su parte, a cambiar el statu quo por una ocupación temporaria o permanente, esta ocupación sólo se verificará después de un acuerdo previo entre las dos potencias, el cual será basado sobre el principio de una compensación recíproca por el territorio u otras ventajas que cualquiera de ellas adquiera fuera del statu quo presente, y satisfará los intereses y los legítimos derechos de ambas partes".

A Italia no se le dice nada.—

Austria no dió a su aliada ninguna información respecto a su intención de apoderarse de Bosnia y Herzegovina. Italia lo supo sólo cuando el emperador Francisco José anunció formalmente la anexión, en cartas autógrafas dirigidas a todos los mandatarios de Europa. Rusia fué la única nación que protestó; pero una franca amenaza de guerra, de parte de Alemania, silenció su protesta, pues Rusia aún no convalecía de la guerra con el Japón. Italia no estaba en condiciones de protestar, pues no podía apoyar su protesta con la fuerza, especialmente desde que en este caso debía afrontar a Austria y Alemania juntas.

Ninguna "compensación" fué ofrecida a Italia. Fué Turquía la única nación a la que se arrojó un mendrugo. Para tranquilizar a Turquía, Austria retiró sus tropas del Sanjack de Novibazar. Y ni siquiera discutió el punto con Italia, aunque Italia era su aliada.

A pesar de los términos de la cláusula citada, Austria fomentó persistentemente disturbios en los Balcanes, y se dió maña para obtener allí lo que quería, sin consultar a Italia y sin ofrecer ninguna compensación. Así fué cómo se creó el reino de Albania y ocupó el trono un soberano impuesto por Austria; así fué Montenegro obligado a ceder Escútari, y Serbia a renunciar a obtener una salida al Adriático, y así fué cómo la frontera entre Serbia y Grecia fué trazada según los deseos de Austria.

Planes austriacos para invadir a Italia.

Dos meses después de la anexión de Bosnia y Herzegovina, cuando el terremoto de Messina llenó de dolor a Italia entera, el general Conrado von Hoetzendorff, jefe del estado mayor del ejército austriaco, propuso lo que él llamaba "un paseo militar" a Venecia y Milán. El príncipe heredero y su corte influyente, sostuvieron este plan para la invasión y conquista de Venecia y Lombardía en la hora de la desgracia de Italia. El proyecto fué discutido formalmente por el gabinete imperial y el estado mayor; se habló de él, sin muchos ambages, en el "Armee Zeitung" y en otros diarios austriacos semioficiales. Probablemente habría sido adoptado, a no mediar la oposición del conde von Aerenthal, canciller del imperio, que se negó resueltamente a apoyar ese cobarde e inmotivado ataque a la aliada de Austria.

El general Conrado von Hoetzendorff se vió obligado a renunciar, pero contaba con el apoyo del príncipe heredero Francisco Fernando y este último con el del emperador de Alemania, en la implacable campaña que se inició entonces contra el conde von Aerenthal; Francisco Fernando era furiosamente antiitaliano en sus sentimientos y nunca se preocupó de ocultarlo.

La conquista de Trípoli y de la Cirenaica, en 1911, fué realizada por Italia ante la evidente preparación de Alemania para apoderarse de esos territorios. Estos habían sido desde hacía mucho tiempo reconocidos como de Italia antes que de cualquier otra nación, y el asunto fué discutido abiertamente durante varios años por los principales estadistas de Europa. Pero Italia descubrió que Alemania obtenía importantes concesiones de Turquía para operaciones en esas zonas y estaba invirtiendo vastos intereses en ellas. Al mismo tiempo, todas las empresas italianas eran frustradas por las maquinaciones alemanas. Italia comprendió a tiempo de que siendo austriacas las costas orientales del Adriático y las del norte del Mediterráneo alemanas, Italia iba a ser simplemente una península rodeada de un lago alemán y esta posibilidad geográfica era inminente.

Italia recibe una puñalada por la espalda.—

Era el caso de conquistar esos territorios entonces o nunca. La famosa visita del crucero alemán "Panther" a Agadir y los sucesos que la siguieron, abrieron los ojos de Italia en cuanto a los designios de su aliada y levantaron tanta indignación popular, que aun Giolitti, el primer ministro, de tendencias germanófilas, se vió obligado a proceder. Y cuando Italia se apoderó de Trípoli, el coro de las protestas suscitadas contra ella era dirigido desde Berlín.

Alemania, aliada de Italia, hizo todo lo que estaba en su mano para imposibilitar la conquista de esas provincias turcas. En los archivos del ministerio de relaciones exteriores de París hay un despacho de Jules Cambon, entonces embajador de Francia en Berlín. Este despacho, enviado en la primavera o a principios del verano de 1912, es tan sensacional que se ha creído prudente no darlo a la publicidad. No puedo mencionar el texto del despacho, que ha sido visto por muy pocas personas, quizás menos de veinte. Registra un incidente que habría "creado una profunda impresión", como dicen los diplomáticos, si su contenido hubiera sido conocido en Roma en aquella época. Era poco antes de que terminara la guerra entre Italia y Turquía. En ese tiempo Turquía ya estaba dispuesta a ceder y a permitir que Italia tomara posesión de Trípoli y Cirenaica, los últimos de los territorios turcos en Africa.

El embajador Cambon refiere que durante una conferencia celebrada esa mañana en Potsdam entre él y el emperador Guillermo, se presentó un edecán anunciando que acababa de llegar el embajador turco y solicitaba audiencia. El kaiser ordenó que se le hiciera pasar inmediatamente y observó al embajador Cambon que era el recién llegado la persona a quien necesitaba ver sobre todo. Cambon preguntó si debía retirarse. El embajador respondió que no. El turco entró en el salón donde se encontraba aún el embajador francés. El kaiser se dirigió a su encuentro y, con el índice en alto, exclamó en la cara del ministro turco:

—¡Estoy avergonzado de ustedes! ¡Avergonzado de Turquía! Creíamos que ustedes podían derrotar a los italianos. A no ser así, no los hubiéramos apoyado. Ahora vemos que hemos tirado la plata a un mal caballo.

Algo más dijo, en el mismo sentido. El pobre embajador turco trataba en vano de disculpar a su país por haber obtenido el apoyo de Alemania y haber sido derrotado por Italia, a pesar de ese apoyo.

Piensa que el kaiser no está bien de la cabeza.—

Esta escena era profundamente interesante para el embajador francés, que no tomaba parte en la conversación, pero anotaba mentalmente cada una de las palabras pronunciadas por el augusto aliado de Italia ante el embajador del enemigo de Italia. Cuando abandonó el palacio, M. Cambon no perdió tiempo en telegrafiar a su gobierno un relato detallado de la conversación a que acababa de asistir, agregando este comentario de su parte:

"El hecho de que el emperador hablase en mi presencia en una forma tan abierta, del apoyo que Alemania había proporcionado al enemigo de su aliada, parece explicable solamente por la presunción de que su majestad está perdiendo o ha perdido su dominio mental."

Aunque el gobierno italiano no sabía que el gobierno alemán mismo procedía traidoramente, sospechaba que Turquía recibía de Alemania ayudas de diversas clases. En su campaña contra los árabes, los soldados italianos obtuvieron evidencias, para ellos indudables, de que el enemigo era dirigido por oficiales alemanes. Informaron a Roma en ese sentido, pero no tuvieron ocasión de secundar sus convicciones con una prueba incontestable. El embajador italiano en Berlín fué informado de la sospecha de que oficiales del ejército alemán se hallaban en Africa dirigiendo a los árabes contra las fuerzas del aliado de Alemania y se le daba instrucciones para que tratara de obtener pruebas directas. La prueba se hizo esperar algún tiempo, pero al fin vino. Una prueba completa, absoluta y oficial. Era nada menos que un boletín oficial del ministerio de guerra alemán, con una lista de oficiales a quienes se concedía pensiones, y en esa lista figuraban los nombres de algunos oficiales pensionados por heridas recibidas en servicio en Trípoli contra Italia!

El embajador italiano envió copias de este boletín a Roma, y un importante periódico, "L'Idea Nazionale", lo publicó en facsímil, como un fuerte argumento para urgir al gobierno a denunciar la Triple Alianza y unir sus fuerzas con la de la Entente en la guerra contra Alemania.

Otro ejemplo de la ayuda secreta de Alemania a los árabes contra Italia, fué el descubrimiento de que el señor von Lochow, que se hacía pasar por agricultor en el oasis de Gurgi, era un oficial alemán disfrazado. En su residencia se descubrió un arsenal de rifles y municiones.

El ultimátum fatal.—

Austria llegó al colmo de su menosprecio por las prescripciones expresas del tratado de la Triple Alianza al enviar el ultimátum fatal a Serbia, el 23 de julio de 1914, sin consultar a Italia y sin informarla de sus intenciones.

Y una vez que se declaró la guerra europea, e Italia, incapaz entonces de tomar una participación activa en ella a causa del agotamiento de sus municiones tanto navales como militares, se pronunció por la neutralidad, Alemania provocó en Tripolitania una rebelión contra Italia...

Los propagandistas alemanes han clamado contra el agravio que se haría a la mayoría eslava de la población de Trieste, Dalmacia e Istria, si estos territorios fueran transferidos del dominio austriaco al italiano. Pero la historia de cómo esas provincias han llegado a tener una mayoría eslava y de los esfuerzos de Austria para magnificar la proporción aparente de su población eslava, presenta a la cuestión bajo una luz muy diferente. En 1866 esos distritos eran italianos por raza, por idioma y por tradición. Si hubiera alguna duda sobre esto, bastaría como prueba la de que, en las leyes austriacas que organizaron su gobierno, eran oficialmente llamados "los distritos italianos", y en un libro de Meyer, a quien nadie por cierto atribuirá sentimientos favorables a los italianos, se les denomina: "Die roemisch-byzantische Municipalfassung in Istrien und Dalmatien".

El dominio de Austria en la mayor parte de ellos comenzó sólo en 1815. Austria obtuvo a Istria sólo por el tratado de Campo Formio en 1797. Hasta 1813, Trieste era una comuna italiana autónoma, aunque nominalmente tributaria de Austria.

Hubo migraciones esporádicas de eslavos a esos territorios italianos, durante varios siglos, pero el proceso deliberado y sistemático para convertirlos de italianos en eslavos, comenzó enérgicamente en 1890.

Una protesta del pueblo.—

El 15 de enero de 1899, todos los diputados provinciales de Gorizia, Istria y Trieste, y todos los "podestá" de las ciudades, se reunieron en la municipalidad de Trieste y firmaron una formal protesta contra "el esfuerzo manifiesto para desnaturalizar la educación de nuestro pueblo aun desde la infancia", despojando a las escuelas de libros de texto en italiano y de maestros educados en Italia e imponiendo maestros eslavos en todos los grados y en los colegios. Protestaban también "contra la intrusión del eslavismo en los tribunales, oficinas públicas e iglesias; contra la corrupción de los nombres en los mapas y libros, etc."

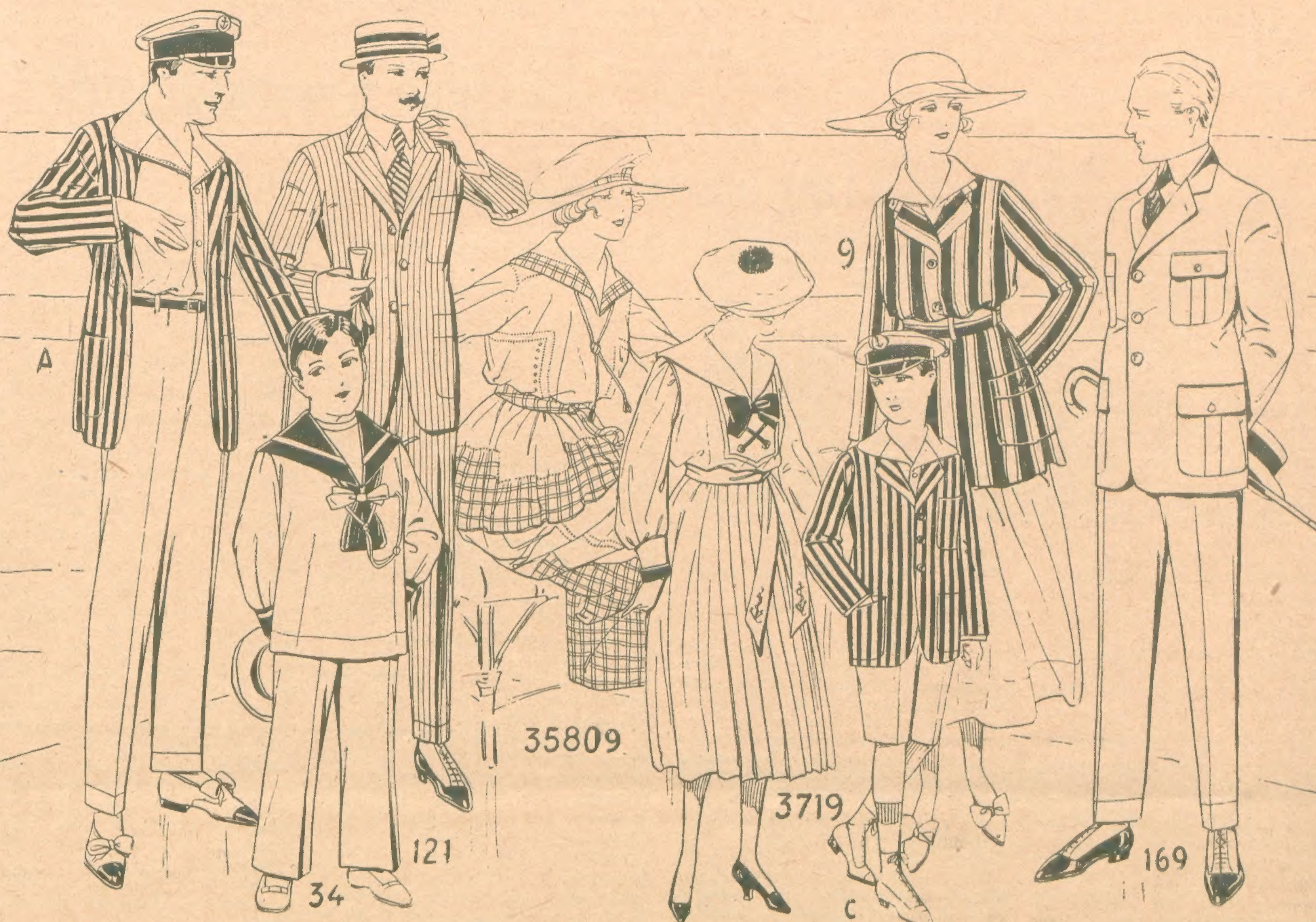
Sacerdotes eslavos fueron impuestos en las iglesias; se llenó con eslavos las oficinas públicas, incluyendo a los servicios de ferrocarriles, correos y telégrafos; en los registros de bautismos y casamientos y en las listas electorales, los nombres italianos fueron cambiados por nombres eslavos, a pesar de las protestas de los interesados; arsenales y cuarteles fueron destinados para los soldados eslavos y todos esos eslavos importados fueron estimulados a establecerse como residentes permanentes en las ciudades y pueblos italianos, acordándoles el voto a los tres años de residencia.

Se subvencionó a periódicos eslavos; se fundó bancos eslavos. En todas partes la existencia de la población italiana se hizo insoportable. De Tolmino a Dalmacia, el grito eslavo era: "Pri moru Taljanski!" (¡Al mar los italianos!). Los únicos libros permitidos en las escuelas fueron los editados por austriacos, en los que se menospreciaba a Italia. En Trieste se llegó hasta a prohibir enseñar la historia de la ciudad, porque era demasiado italiana...

En Dalmacia la desnaturalización adquirió la forma de la fuerza física. En 1883 los croatas cometieron una matanza de italianos en Spalato.

El censo comunal demuestra que en

VENTA EXTRAORDINARIA DE ARTÍCULOS ESPECIALES PARA FIESTAS AL AIRE LIBRE



A—**SACO** de franela con los colores de los clubs, modelo muy elegante, para hombre, a. . . . . $ **21.—**

A—**CAMISAS,** modelo de sport, en Oxford, para hombre, a $ 6.50 y. . . . . $ **7.90**

A—**PANTALON** confeccionado de franela blanca, para hombre, a. . . . . $ **18.50**

34—**TRAJE GRUMETE;** blusa americana, confeccionado en brin de puro hilo blanco lavado, cuello y puños de brin de hilo azul, corbata medio pañuelo de seda negra o punzó, para niños de años 10-11, $ 16.50; 8-9, $ 15.50; 6-7, $ 14.50; 4-5, $ 13.50; 2-3, $ **12.50**

121—**SACO y PANTALON;** saco de tres botones, solapa de punta, tres bolsillos plastrón; pantalón amplio, con bajos doblados y presillas para cinturón, artículo esmeradamente confeccionado en franela de calidad insuperable, gustos de selecta fantasía, gran variedad de colores de moda, $ 29.50 y. . . . . $ **25.—**

35809—**ELEGANTISIMO VESTIDO** confeccionado de fino voile linón, combinado de "quadrillé" en color bleu y en blanco, adornado de vainillas y botones, modelo de gran moda y de alta novedad, al precio excepcional de. . . . . $ **75.—**

3719—**ELEGANTE VESTIDO** confeccionado en fina sarga blanca, con grupos de tabloncitos adelante y atrás; la blusa con pespuntes, adorno en los puños, y corbata de taffetá azul, cuello forma marinero y cinturón con caídas; anclas bordadas, para señoritas; talles 38-42, al precio excepcional de. . . . . . $ **55.—**

C—**SACO** de franela, con los colores de los clubs, lindo modelo, para niños de 6 a 16 años, a. . . . . $ **13.50**

C—**CAMISA** modelo de sport, en Oxford, para niños, medidas del 31 al 36, $ 4.90; 28 al 30, a. . . . . $ **4.60**

C—**PANTALON** de franela, modelo especial, para niños de 8 a 14 años. $ **9.50**

9—**SACO** de franela, con los colores de los clubs, modelo elegantísimo, para señoritas, a. . . . . $ **25.50**

169—**TRAJE CAZADORA,** para hombre; saco con 4 bolsillos, plastrón de fuelle; pantalón a la americana con pasadores para cinturón y bajos doblados, en casimir "Garbicord" de pura lana, a. $ **57.—**

THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

Anexo: A. de Mayo, Perú y Rivadavia - Casa Central: Florida y Cangallo



1900 el 77 por ciento de la población de Dalmacia era italiana y el 16 por ciento eslava. En 1910 la población italiana era de 74 por ciento y la eslava de 20 por ciento. En cambio, el censo del gobierno dice que en 1910 la población italiana era sólo de 62 por ciento (lo que implica mayoría), y la eslava el 31 por ciento.

La agitación yugoeslava es artificial.

Se necesitaría un libro para relatar por entero la historia terrible de la desnaturalización de esas provincias italianas. El heroísmo con que este fragmento separado de la raza latina, en número de 450.000 almas, ha sostenido sus ideales frente a los esfuerzos unidos de muchos millones de eslavos de toda clase, oficial y sistemáticamente organizados por el gobierno austriaco, es uno de los grandes martirios de la historia. La reciente propaganda por la autonomía de los yugoeslavos es sólo un nuevo desarrollo de la hostilidad austro-alemana a su antigua aliada. Que no es sino una agitación artificial, lo demuestra el hecho de que toda la población eslava masculina que representa a los territorios que reclaman la autonomía—exceptuando sólo a Serbia,—está combatiendo en las filas del ejército austro-húngaro. Nunca ha oído hablar de este improvisado movimiento yugoeslavo ni han tratado de afirmar "los derechos" que repentinamente han sido descubiertos para ellos. Se dice que el yugoeslavismo ha sido hecho en Alemania, pero en Roma aseguran que es de origen germano-americano.

Esta desnaturalización de las provincias italianas, aunque no está evidentemente en contravención con la Triple Alianza, es en realidad una fase de la agresión austriaca en los Balcanes, contra la cual se dirige especialmente el artículo VII del Tratado. La propaganda yugoeslava es su último desarrollo, la manifestación de su objeto, a saber: la conservación del Adriático para las potencias teutónicas, para que éstas puedan continuar anclando sus buques de guerra en un brazo del Mediterráneo.

Y Alemania y Austria fueron durante treinta y cuatro años, los aliados de Italia.

Arturo **BENINGTON.**

Belgrano (Drama inédito)

ESCENA 7.ª

Chita.—Después Mónica

(Chita comienza a arreglar las flores en los rincones de la habitación y sobre la mesa. Un leve hilo de luz de luna penetrará por la ventana.)

Mónica (Por la ventana).—Chita... Chita...

Chita.—¿Eh? ¿Quién me llama?

Mónica.—No te asustes. ¿Me conoces?...

Chita.—¡Qué! ¿Quién?

Mónica.—¡Oyeme! ¡Acércate!

Chita.—¡Mónica! (Corre a la puerta). Pero... si no acierto... ¿Es Vd?

Mónica (Entrando muy encubierta). —Yo misma... ya lo ves...

Chita.—¡Jesús me valga! ¿Pero, qué ha hecho niña?

Mónica.—¡Déjame sentar... Estoy rendida! (La Chita se apresura a cerrar todas las puertas y ventanas). ¿Verdad que no hay nadie?

Chita.—¡Nadie! ¡Virgen María!

Mónica.—Me doy cuenta de tu asombro. Nada temas. Estoy vagando como una sombra alrededor de esta casa desde hace muchas horas, esperando este minuto. ¡Lo he visto salir!... ¡Lo he visto!

Chita.—¿Y él a Vd.?

Mónica.—¡Tonta! ¿Cómo te lo imaginas? ¡Ah! ¡Lo he visto! Me hubiera precipitado en sus brazos a no estar rodeado de sus camaradas...

Chita.—Pero a todo esto...

Mónica.—¿Cómo he venido desde tantas leguas? Como va el viento, como va la luz, como va la nube por el cielo. Tú no sabes lo que es una mujer enamorada. En unas partes me he disfrazado: me he cambiado hasta de sexo. Me he pintado arrugas. Me he puesto peluca blanca; me he vuelto mendiga. Me he vestido de beata...

Chita.—¡Mónica!

Mónica.—¡Y al llegar a una posta me he colocado las prendas de un soldado! ¡Tú no sabes, tú no sabes lo que es estar enamorada! (Pausa). ¡Todo, por volverlo a ver! ¡Por volverlo a ver! ¡Qué me importa la muerte después que lo haya visto! ¿Está sano, verdad? ¿Nadie se ha atrevido a robarme sus cariños, no? Verdad que él piensa en mí como yo... ¡Qué! ¿Demoras en contestarme?

Chita.—¡Qué he de demorar! Es que todavía no respiro... ¡Jesús, María y José! ¡Si todo esto me parece un sueño! ¿Pero es verdad? ¿Y él, qué va a decir? ¿No tomará a mal?... ¡Por Dios, niña! ¡Yo no sé qué hablo ni dónde tengo la cabeza. ¡Vd. en Jujuy!

Mónica.—¡Sí, en Jujuy, o en el extremo del mundo, donde fuera necesario! ¡dónde él se hallara! (Revisando todo). ¿Y estas flores?

Chita.—Yo las acabo de poner. ¡Celosita! ¡Y cómo está segura de que él es de ella y solamente de ella!...

Mónica.—¿Verdad? ¿Verdad qué no me engañas? ¿Qué él es mío, todo mío, absolutamente mío? (Registrando papeles). ¿El escribe aquí, no es cierto? ¿Esta es su mesa de trabajo? (Al advertir un pequeño cuadro frente al escritorio da un grito). ¡Ah! ¡Chita! ¡Chita de mi alma! ¡Mira!

Chita.—¿Qué es?

Mónica.—¿Pero no ves, por Dios? ¿No ves?

Chita.—Una hoja de papel.

Mónica.—Y un nombre.

Chita.—¿A ver?

Mónica.—Mónica.

Chita.—Es cierto. Ahí tiene Vd. la respuesta a todas sus preguntas y ansiedades. La mejor respuesta porque se las ha dado la casualidad.

Mónica.—Luego, él corresponde a mi amor inmenso. El cumple lo que me prometiera. Estar unidos por una eternidad.

Chita.—¡La patria y Vd. son las pasiones de su alma!

Mónica.—Yo quiero verlo, Chita.

Chita.—¿Y cómo va a hacer Vd., niña? ¡Ah! Mañana es el día del juramento de la bandera. Entremezclada a la concurrencia como si fuera una del pueblo, puede acercársele. (Pausa). ¿Y después? ¿Para volverse?

Mónica.—¿Volverme? No, Chita. Yo no podré separarme de mi Manuel idolatrado. ¡Mi destino estará unido a su destino!...

Chita.—¿Qué está Vd. diciendo? ¿Y su familia de Vd.? ¿Y la reputación y gloria del general?

Mónica.—¡Ah! ¿Tu crees que él me hablará de ese modo? ¿Crees que el egoismo de todos los demás hombres aparecerá en él para conmigo y como recompensa a mis ternuras?

Chita.—No; él la ama con todo su corazón y es, además un caballero. Pero...

Mónica.—No me amargues mi dicha. El buscará los arbitrios para que nos podamos ver con el legítimo derecho de los que se aman, sin oponerme la cruel razón de las conveniencias. El me resguardará de todo peligro. Tú me darás también todo tu amparo, pues has sido uan hermana para mí. Ay, Chita. Yo he debido contar con su cariño, pero también con tu bondad. No me dejes, no me dejes sola, no me desampares porque te desconocería. Vuelve a ser mi protectora, mi ángel bueno, mi noble amiga tutelar. Yo quiero compartir contigo los peligros y la muerte, pero también reclamo mi porción de felicidad viéndolo, oyéndolo, sintiéndolo en todo instante, como tú lo ves y lo sientes y acompañas.

Chita.—¡Pobre enamorada! Y bien me he de ingeniar para decir a todos que Vd. es hija de una hermana mía que estaba esperando de un momento a otro con permiso del General. Y viviremos juntas como Dios nos ayude, lejos del campamento. El ha de aceptar. ¡Jesús! Siento voces. (Pone el oído).

Mónica.—¿El?

Chita.—Sí, con otros.

Mónica.—¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

Chita.—Mientras yo abro, pase Vd. a esa pieza. Después la esconderé en el altillo.

Mónica.—¡Ay! ¡Ya llegan!

Chita.—Sígame. No hable. No haga ruido. (Vánse en puntillas de pie).

Belgrano, Díaz Vélez, Alvarado

Alvarado Desde afuera) —Que descanse Vd.

Belgrano (Apareciendo con ellos).— ¿No quieren Vds. entrar?

Díaz Vélez.—No señor. Vamos a asomarnos a la fiesta de La Madrid. Hasta mañana.

Belgrano.—Hasta mañana. ¡Gracias, gracias! Yo también voy a dormir. Adiós. (Cierra la puerta. Se echa en un diván. Medita. Luego se dirige a la mesa. Abre varios pliegos. Arregla papeles. Y por fin se dispone a escribir. Luego se echa sobre el respaldo, cierra y entreabre los ojos. Sonríe. Ríe, a la vez que Mónica, cubierta con su gran pañuelo negro, que dejará caer para aparecer vestida de blanco, con la cabellera descuidada, asoma como una verdadera visión.

Belgrano. — Como si la estuviera viendo...

Mónica. (Da un paso hacia él y dice imperceptiblemente). — Soy yo... No soy un sueño.

Belgrano. — Su misma voz.

Mónica. (Más cerca).—¡Despierta! ¡Duermes?

Belgrano.—¡Oh! ¡Sombra!

Mónica. (Frente a él).—No: soy la realidad.

Belgrano. (Despejándose de súbito, dando un grito, poniéndose de pie y estrechando fuertemente entre sus brazos a Mónica).—¡Mónica! (Permanecerán un instante abrazados sin hablar). Dios... los cielos... el amor... ¿Quién te ha enviado? ¿Eres tú, verdad? Dime, dime que no es un arrebato de mi fiebre voluptuosa. ¡Mónica! ¡Mónica! ¿Es esto un delirio?

Mónica.—No. Es tu Mónica, que ha cruzado leguas y leguas para venirte a ver. La compañera que no ha podido estar más tiempo separada de ti... ¡Cuánto he sufrido!

Belgrano.—¡También yo! ¿Cómo has hecho?

Mónica.—Un día resolví desafiar todos los peligros. Llegué a la posta, salí con un disfraz. He pasado por hombre, por vieja, por mendiga. Todo por este minuto inefable! ¡todo por ti! ¡todo por ti!

Belgrano. — ¡Oh! ¡criatura única! Has venido porque mi alma no ha cesado de evocarte. ¿Sabes cómo? Poniendo tu nombre en el seno de la inmensidad. Al asomar el sol, te he llamado entremezclando tus letras a cada rayo de su luz desde su altura hasta la tierra y desde la tierra hasta el espacio sin fin, como una nueva oración. Al cruzar los ríos, al subir a las montañas, en lo más hondo de las quebradas y los valles; en la espesa floresta o en la llanura inmensa, he pronunciado tu nombre para llenar el mundo material con la idealidad de tu ser. Y vieras, contemplando las estrellas, cuantas veces he agregado el acento de tu nombre a la armonía extraña de las noches calladas, azules y desiertas. He querido extender por toda la creación, con el auxilio del viento, de la luz y de las sombras, la belleza de tu personalidad, nombrándote. ¡Por eso has acudido, porque te he llamado tanto! ¡Porque te he llamado tanto!

Mónica.—¡Oh! ¡dulce amor mío, alma de mi alma, sentimiento y vida de mi ser! ¡Háblame! ¡Háblame así!

Belgrano.—Cuando yo muera, Mónica, el tiempo alargará este amor, hasta volverlo eterno. ¿Sabes por qué? Porque está en cada átomo de mi cuerpo como en cada palpitación espiritual. Todo yo estoy impregnado de tí. Todo yo. Y así como he ocupado el éter con los suspiros de mi corazón, las células y tejidos que me constituyen, deshechos y confundidos con la tierra, divulgarán en cada grano de polvo tu propio esencia de mujer. Mi pensamiento, mi hálito y mi carne— llenos de tí—poblarán los espacios y las demás substancias, desde otra alma a la flor, y germinará de este modo el amor que me supiste inspirar, en cuerpos y en almas de otras generaciones, por una eternidad!

Mónica.—Toda mi vida se concentra en este instante. Todo mi pasado es hoy. Un día, ¿te acuerdas? me dijiste que yo era algo así como la patria para tí.

Belgrano.—¡Eterna, sí! presentido, te he salido al encuentro adivinándote. ¡Nuestra jornada será eterna!

Mónica.—¿Eterna?

Belgrano.—¡Eterna, sí!

Mónica.—¡Bésame! ¡Bésame! (Se abrazan y besan).

Belgrano.—Parece que los siglos me hubieran dado el efluvio de todos los grandes amores que hayan sentido las almas hasta hoy. Hasta hoy seré quien haya amado más a una mujer.

Mónica.—¿Tanto me quieres?

Belgrano.—No hay medida, no hay forma, no hay espacio. Mira como puede caber en un sollozo toda la inmensidad. Te amo.

Mónica.—Y yo a tí. ¿Por qué no detienes la marcha del tiempo? ¿Por qué no paralizas este minuto y lo vuelves eterno?

Belgrano.—No es la duración del tiempo lo que hace grande un amor. La rosa vive en su día de esplendor la misma vida que la vieja encina de los largos inviernos.

Mónica. — ¡Bésame! ¡Bésame! (Sobresaltada). ¿Qué ruidos son esos? ¿Oyes?

Belgrano.—Son los ecos de la fiesta de los pobres soldados.

Mónica.—¿Música? ¿Cantos?

Belgrano.—Sí. Escúchalos. Es el amor indígena que llora su bien perdido. Es la poesía de una raza que se extingue y pronto se apagará. Oye el lamento de la quena y los tristes yaravíes. ¡Todo en torno del amor! (Cantos y músicas indias. En este intervalo sentados frente a la ventana, ella con la cabeza inclinada sobre el pecho de él, escuchan. (Telón lento).

David **PEÑA.**



La huerta en la azotea

El gobierno norteamericano ha hecho un llamamiento a la buena voluntad de los ciudadanos pidiéndoles que cada uno contribuya a aumentar la producción agrícola, de tanta importancia en tiempos de guerra. No se trata de un esfuerzo extraordinario: si en cada casa, el padre en sus ratos desocupados o el niño un par de horas antes de ir a la escuela se dedi-



cara a sembrar unos cuanos kilos de papas y un puñado de semillas de legumbres y a atender su ameno cultivo, derrotarían al peligro de la carestía de víveres para los 103 millones de seres humanos que viven en los Estados Unidos. ¿Cómo puede responder a este deber patriótico el individuo que no dispone de una pulgada de terreno porque en las que tenía ha levantado unos cuantos rascacielos? Un propietario del centro de Nueva York ha resuelto el punto formando una huerta en la amplia azotea de un rascacielos. Nuestro grabado representa un rincón de ese cultivo intensivo. Indudablemente cierto exquisito lujo rodea en este caso a la producción de la modesta papa. Jarrones, estatuas, elegantes quioscos y exóticas plantas de flores, alternan con los sembrados de legumbres, plantadas en cajones. Hay hasta un vestíbulo con artístico mobiliario y fina vajilla, desde donde el patriótico agricultor puede contemplar su obra fecunda. En mayo último plantó cebollas, rábanos y lechuga que ya han sido servidos en su mesa. Ignoramos a cuantos dólares le resultó cada rabanito.

EMPRESA BIEN ORGANIZADA



—¡Mi esposa debe haber tomado un tren equivocada!
—Diríjase a la oficina de "Esposas Extraviadas"; si no la encuentra allí, le daremos otra.

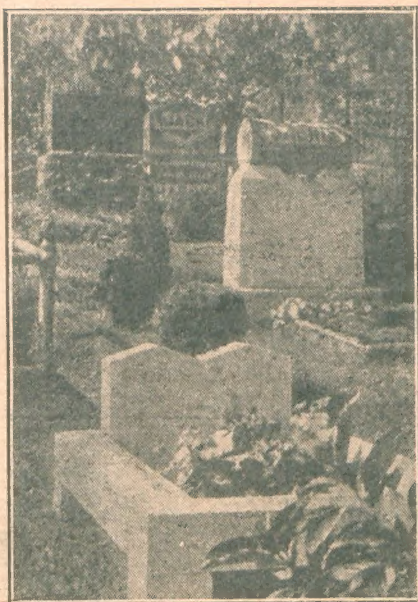
Colegio Nacional Nicolás Avellaneda



El profesor, doctor Roberto Bunge, y los nuevos bachilleres de la segunda división, egresados de este instituto, señores A. Alvarez, P. M. Betbeder, A. Bibiloni, H. Biolcati, M. Blaya, J. A. Bó, G. Bolfson, A. Bondareff, J. Castro, L. J. Codazzi, C. F. Cupri, F. A. Daus, J. A. Daus, J. A. Escudero, R. Faccioni, M. S. di Fiore, A. C. Gigena Doncel, J. Grippa, R. H. Bodesch, G. Isturriz, J E. P. Jacobacci, D. Jachwatsky, L. Leiva, R. Llusa, F E. Martínez, C. Martini, E. Massolo, E. Ortiz Basualdo, A. C. Pirotta, A. M. Pizzorno, G. Rocca, M. Rubinstein, R. Ruiz Bates, T. Salamó, G. Scarpelli, M. Schuff, M. Schukin, R. Siemenson, A. Schejter, L. Urquijo, F. Soubie, A. Viglione, R. Warckmeister.



Un cementerio de perros



Un rincón del cementerio.

Hace veintiún años, el Dr. S. K. Johnson, fundó el cementerio para perros de Hartsdale, en el distrito de Westchester, en un terreno de 20.000 metros, más o menos. En la actualidad hay allí 2.000 tumbas, y en ningún año, desde la fundación, se enterró a tantos perros como en el de 1914, en que las inhumaciones alcanzaron a una cifra superior a la del total de diez y ocho años. El cemeterio de Hartsdale es un testimonio de la gratitud humana, tan desacreditada. Es cierto, también, que es para animales que son ejemplo y espejo de la gratitud, y que muchos de ellos han merecido las frases de fervoroso cariño que sus amos han hecho grabar en las lápidas sepulcrales.

El cementerio canino es, en su aspecto, igual a un camposanto humano. Sólo el símbolo de la cruz no existe. Las tumbas, casi en su totalidad cubiertas de mármoles trabajados, son cuidadas diariamente. En algunas hay plantas de flores y otras reciben ofrendas de flores frescas. Uno de los guardianes dice que un domingo del verano pasado había en el cementerio más de 100 visitantes y quince automóviles se detenían a la entrada.

Hay monumentos que han costado 2500 pesos oro, y, contando el precio del terreno y los gastos del cuidado, cerca de 4000 pesos oro. Ultimamente se inició la construcción de un mausoleo, de diez pies cuadrados, que, en total, costará 13.000 pesos.

Se ve también tumbas humildes, sin ornamentos ni valiosas lápidas. Un repartidor de carbón ha enterrado allí su perro que fué durante años su compañero de trabajo. El buen hombre, en vez de dejar el cadáver del animal tirado en medio de la calle, adquirió por 15 pesos oro, lento producto de sus ahorros, un terrenito de dos por tres pies, y, puesto el cadáver en un cajón, lo enterró al lado de la soberbia tumba de un favorito de raza, cuyo precio era de 1.000 pesos oro. Dos vendedoras de una tienda de la ciudad, enterraron allí sus perros. El presidente de una compañía de seguros adquirió un terreno de 24 por 36 pies, al precio de 2100 pesos.

Algunas tumbas están destinadas, como nuestras bóvedas, a familias de perros. En una hay cuatro perros hermanos.

Los cajones en que se entierra a los perros tienen precios que varían desde 10 pesos a 250. Los más baratos son de madera; los mejores, de madera esculpida, con forro de acero que permite un cierre hermético.

También se entierran a gatos en el cementerio de Hartsdale. Por las inscripciones de las tumbas, se sabe que algunos de ellos han muerto a la edad de diez y ocho años. Esta edad es también una de las más avanzadas de los perros; generalmente mueren de los doce a los quince años. El huésped más extraordinario es un leoncito, enterrado allí hace poco tiempo. Pertenecía a la princesa Lwoff-Parlaghy. Una sencilla lápida de mármol señala su tumba, no distinta de la de un inofensivo cuzco.

Un ave rara

El tipo de ave más primitivo que existe, es, según se cree, el "kiwi" o "apteryx mantelli", de Nueva Zelandia. Es tan escaso que los naturalistas consideran casi una lotería obtener un ejemplar. Carece de alas y de cola; sus patas son cortas pero muy fuertes y las utiliza para cavar. Las lombrices son su principal alimento. Su cuerpo está recubierto de una materia intermedia entre la pluma y el pelo. Durante el día se oculta bajo las rocas o entre las raíces de los árboles y mientras reposa tiene cierta semejanza con el erizo. Han fracasado todos los esfuerzos para conservarlo vivo en cautividad. Muy pocos son los museos que poseen ejemplares de "kiwi".

Cuestión de tiempo

—¡No me dijo usted que sacaba hasta una docena de huevos por día de esas ocho gallinas que me vendió?

—Sí, señora.

—¿Y cómo es que yo no puedo obtener más de dos por día?

—No me explico, señora; a no ser que vaya usted a buscar los huevos demasiado a menudo. Si fuera por ellos sólo una vez por semana, estoy seguro de que sacaría en un día tantos huevos como yo.

Lo que vale un minuto

Que "el tiempo es oro" es un axioma que todos conocemos, y nada lo prueba tanto como los hechos siguientes:

Gobiernos de muchos países han pagado grandes primas a los constructores de sus buques de guerra por cada fracción de nudo que han ganado en las pruebas oficiales de velocidad sobre la ofrecida en el contrato.

Cualquier fabricante de automóviles que presente un modelo con el cual se pueda recorrer un par de kilómetros más por hora, es decir, que "bata el record" de los automóviles conocidos, ganará mucho dinero.

Un caso que demuestra lo que vale el tiempo, es el de cierta oficina de ingeniería de Nueva York. Para terminar las líneas férreas de Pensylvania ha tenido que construir varios túneles de gran coste, y uno que atraviesa la capital americana. En estas obras, con su estación correspondiente, se han gastado 408 millones de francos. ¿Por qué? Por ahorrar treinta minutos en el recorrido ferroviario de la metrópoli al Capitolio, o lo que es igual, los directores del ferrocarril de Pensylvania han calculado que un minuto de tiempo vale 13 millones seiscientos mil francos, o si se quiere, 126.440 francos por segundo.

Partiendo de esta base de cálculo, nos parece que al anunciar esto a nuestros lectores hemos ganado bastante poco, si tenemos en cuenta que a ese precio de 13.600.000 francos por minuto, resulta la hora a 816 millones; las veinticuatro del día, por 19.584 millones; la semana, por 137.088 millones; el mes lunar, por 548.352 millones, y el año, por 17.128.576.000.000 de francos.

Indudablemente, los norteamericanos son los que mejor han tasado el tiempo desde que el mundo es mundo.

Bien educado

—¡Qué manos tan sucias has traído hoy, Juan!,—dijo la maestra.—¿Qué dirías si yo viniera así a la escuela.

—No diría nada; no sería de buena educación.

Ceremonias fúnebres

Los antiguos griegos acostumbraban echar sobre el rostro del moribundo un velo para que nadie lo viese, y luego lo descubrían por un momento para cerrarle los ojos y la boca. Lavaban después el cuerpo las mujeres de la familia, lo perfumaban, lo vestían de blanco, poníanle una guirnalda y lo colocaban sobre un lecho adornado de ramas, en el corredor de entrada de la casa, con los pies del difunto hacia la puerta. Del lado de afuera de ésta ponían una rama de ciprés y agua, con la que rociaban a los que salían, como parar librarles del contagio del muerto.

NOTAS DE LA GUERRA



Soldados franceses preparando un armazón de barrotes de acero puntiagudos sobre los cuales se clavarían los asaltantes enemigos si se precipitaran en la trinchera. Esta es la primer fotografía de la nueva arma.

MODOS DE VER...



—No te rías, hijo: Eso es el hombre que está arruinando el negocio de los reyes.

Los contrabandistas de

—¿Esas sierras son amarillas? El mar es amarillo... el cielo... este hotel... todo, ¡todo es amarillo!

Dirigí la mirada hacia la extensión verde que va desde el Callao hasta las montañas de Lima, cuyas blancas torres se perfilan sobre el fondo de la cordillera. Rápidamente volví los ojos al hombre que teníamos delante. Por cierto, nada de amarillo en las sierras; y el mar era de un azul tan profundo como el del cielo. ¿El hombre se había vuelto loco de pronto? Kennedy se acercó y le tomó del brazo. El individuo se estremeció convulsivamente, y una o dos veces trató de vomitar. Por fin pudo volver a hablar:

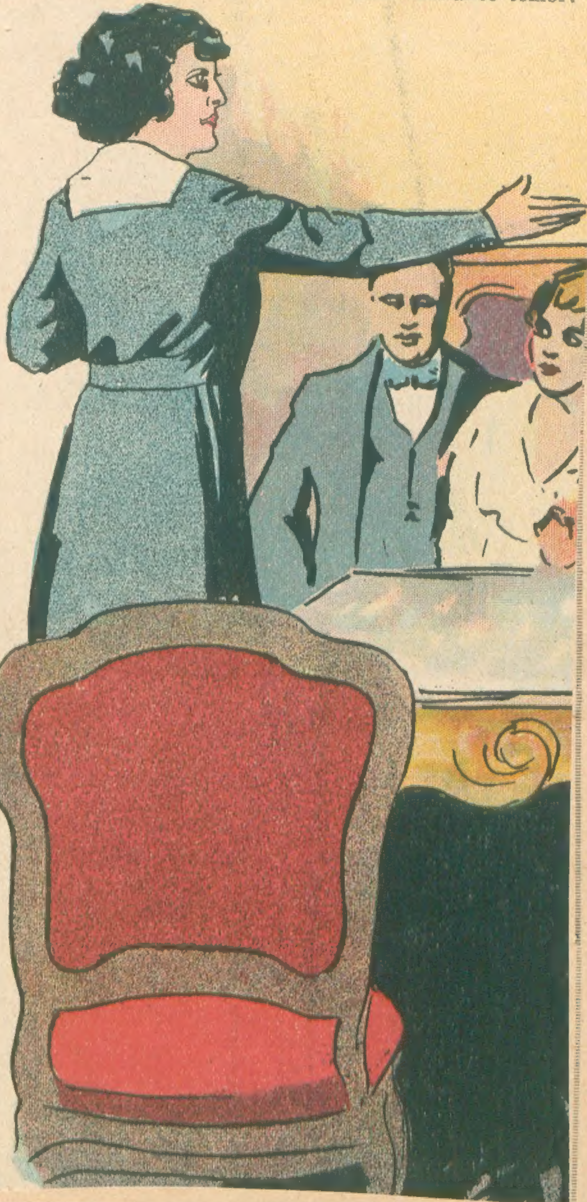
—Un momento... tal vez... paso pronto...

Nos quedamos a su lado, observándole. Nos habíamos alojado en ese hotel del Callao para pasar el par de días que tardaría en ser cargado en el puerto el vapor que debía llevarnos al norte. Allí conocimos a aquel hombre, un tipo de norteamericano, demasiado común en Broadway.

Se dejó caer en un sillón y dirigió una mirada rápida a una hermosa mujer que, en compañía de otro hombre, estaba sentada en el extremo de la galería. Creí comprender que los conocía, pero que, en su pánico, no se atrevía a pedirles auxilio.

La señora se llamaba Tira Suárez y había venido con nosotros en el vapor de Valparaíso. Indudablemente bella, con una belleza de tipo latino, de ojos obscuros y cabellos negros, su rostro tenía una palidez de un vago y tenue color aceituna. Sospechamos primero, que debía estar complicada en alguna intriga política, pero nada nos fué posible averiguar. En el puerto del Callao la señora fué recibida efusivamente por un joven, que supusimos colombiano, pues, al pasar, le oí decir que venía de Bogotá y que se había detenido en Guayaquil. Con sorpresa, supimos más tarde que era su esposo, el señor Fernando Suárez. Algún misterio a no dudar, había en esa pareja.

El hombre hacía desesperado esfuerzo



En seguida cayó pos
en el respaldo del sill
locó su mano sobre el
presión del rostro de m
El hombre había muer

Hubo un momento d
podía ser la causa de
rato antes parecía lle
haber alguna enferme
descubriría; pero en mi
de que una mano cri
había preparado esta n

Creo que nadie adv
cuando, inclinándose s
fragmentos de papel qu
hacía un instante. La
ñora de Suárez pregu
con vacilante temor:

El cerro de Acari

Cerca de Acari (Perú) hay un cerro donde se produce un fenómeno acústico muy curioso. En los días de mucho calor, se oye un sonido particular que se asemeja al de un bombo o tambor grande.

Este fenómeno es debido al choque de la corriente de aire dilatado que se levanta verticalmente de la superficie del suelo arenoso, fuertemente calentado por el sol, con el aire más denso y casi constante que sopla del sur, notándose que cuando el viento es más fuerte también el sonido aumenta en intensidad.

Estos ruidos son también frecuentes en algunos parajes de la cordillera en las provincias de Cuyo

Algunos pensamientos de Gandolín

La mujer es a menudo más tierna que el hombre.—Un antropófago.

—Los locos suelen sanar, los imbéciles nunca.

—El tiempo es un gran maestro, pero tiene el defecto de terminar con sus alumnos.

—Entre la higuera y el hombre existe una lucha, cuyos resultados son parecidos. Alguna vez el hombre da en tierra con la higuera y otras ésta da con el hombre.

—La puntualidad es una ladrona del tiempo; durante mi vida he perdido varios años concurriendo puntualmente a las citas, para esperar a los demás.

—Después de pacientes y largas investigaciones, he llegado a la conclusión de que en este mundo existen dos clases de personas que difícilmente se dejan convencer: el hombre y la mujer.

Menes de Egipto, perseguido por sus propios perros, se libró de ellos cruzando el lago Moeris a lomos de un cocodrilo. En recuerdo de esta aventura fundó la ciudad de Cocodrilópolis e introdujo la veneración al cocodrilo.

Mala memoria

Un negro entra a una librería y dice al dependiente:

—Deme una caja de papel y sobres con bordes de color carne.

—¿Color carne? —dice el empleado. —¡Ah!, el señor desea papel de luto ¿no es eso?

—Eso mismo,—contesta el cliente,—había olvidado el nombre.



La pintura al óleo. — Instrucciones para los aficionados a la pintura casera.

La pintura al óleo se prepara, moliendo desde luego las materias colorantes con la cantidad necesaria de aceite, a la que luego se añade mayor cantidad de aceite, aguarrás, litargirio, etc., de manera que se obtenga la mezcla más secante y más fiúida.

La pintura ordinaria comprende, generalmente, tres manos. La primera o de imprimación, puede tener un color cualquiera, pero se toma un color que se aproxime al de la tercera mano, a fin de evitar todo efecto de transparencia.

En la generalidad de los casos, se prepara el objeto que ha de pintarse, con una o dos manos de blanco de albayalde (venenoso) o de blanco de zinc (inofensivo), molido y desleído en aceite (imprimación).

La imprimación para obras exteriores, puertas, ventanas, persianas, etc., se hace con aceite de linaza puro o mezclado, con seis u ocho decágramos de aguarrás, por kilogramo de color; mayor cantidad de aguarrás haría obscurecer el color y produciría su caída. En obras interiores, para la primera mano, se muele el color y se disuelve en aceite puro, y las dos últimas se dan con aguarrás, si la pintura ha de barnizarse.

En caso contrario, la primera capa es al aceite puro y las dos últimas con aceite mezclado con aguarrás o litargirio. Para cubrir la madera se emplea la pintura un poco espesa con aceite y secante.

La capa de imprimación, que hace las veces del encolado, se da antes que



ión del cementerio.

ombrices son su principal alimento. Su cuerpo está recubierto de una materia intermedia ntre la pluma y el pelo. Durante el día se oculta bajo las ocas o entre las raíces de los rboles y mientras reposa tiene ierta semejanza con el érizo. Ian fracasado todos los esfueros para conservarlo vivo en autividad. Muy pocos son los museos que oseen ejemplares de "kiwi".



Cuestión de tiempo

—¡No me dijo usted que sacaba hasta na docena de huevos por día de esas ocho allinas que me vendió?

—Sí, señora.

—¿Y cómo es que yo no puedo obtener ás de dos por día?

—No me explico, señora; a no ser que aya usted a buscar los huevos demasiado menudo. Si fuera por ellos sólo una vez or semana, estoy seguro de que sacaría en n día tantos huevos como yo.

Lo que vale un minuto

Que "el tiempo es oro" es un axioma ue todos conocemos, y nada lo prueba tan o como los hechos siguientes:

Gobiernos de muchos países han pagado randes primas a los constructores de sus aques de guerra por cada fracción de nuo que han ganado en las pruebas oficiales e velocidad sobre la ofrecida en el contrato.

Cualquier fabricante de automóviles que resente un modelo con el cual se pueda ecorrer un par de kilómetros más por hoa, es decir, que "bata el record" de los utomóviles conocidos, ganará mucho dinero.

Un caso que demuestra lo que vale el iempo, es el de cierta oficina de ingeniería e Nueva York. Para terminar las líneas érreas de Pensylvania ha tenido que construir varios túneles de gran coste, y uno ue atraviesa la capital americana. En stas obras, con su estación correspondiente, se han gastado 408 millones de francos. Por qué? Por ahorrar treinta minutos en l recorrido ferroviario de la metrópoli al Capitolio, o lo que es igual, los directores del ferrocarril de Pensylvania han calculado que un minuto de tiempo vale 13 millones seiscientos mil francos, o si se quiere, 126.440 francos por segundo.

Partiendo de esta base de cálculo, nos parece que al anunciar esto a nuestros lectores hemos ganado bastante poco, si tenemos en cuenta que a ese precio de 13.600.000 francos por minuto, resulta la hora a 816 millones; las veinticuatro del día, por 19.584 millones; la semana, por 137.088 millones; el mes lunar, por 548.352 millones, y el año, por 17.128.576.000.000 de francos.

Indudablemente, los norteamericanos son los que mejor han tasado el tiempo desde que el mundo es mundo.

Bien educado

—¡Qué manos tan sucias has traído hoy, Juan!,—dijo la maestra.—¿Qué dirías si yo viniera así a la escuela.

—No diría nada: no sería de buena educación.

Ceremonias fúnebres

Los antiguos griegos acostumbraban echar sobre el rostro del moribundo un velo para que nadie lo viese, y luego lo descubrían por un momento para cerrarle los ojos y la boca. Lavaban después el cuerpo las mujeres de la familia, lo perfumaban, lo vestían de blanco, poníanle una guirnalda y lo colocaban sobre un lecho adornado de ramas, en el corredor de entrada de la casa, con los pies del difunto hacia la puerta. Del lado de afuera de ésta ponían una rama de ciprés y agua, con la que rociaban a los que salían, como parar librarles del contagio del muerto.

Cuando los amigos le cuentan a uno lo que hizo la noche anterior.

Setecientos edificios para un libro sagrado

Muchas y muy notables ediciones se han hecho de la Biblia, propiamente dicha, en diferentes países; pero ninguna habrá tan notable en cuanto a ejecución como la de Kutho-Daw. Claro es que no se trata de la Biblia de los cristianos, sino de la de los budistas, y en vez de estar impresa en un libro está grabada en edificios.

Cerca de Mandalay, en Birmania, existe un monumento budista compuesto de 700 templos, en cada uno de los cuales hay una losa de mármol con letreros. Reuniendo lo que dicen las setecientas losas se completa el libro sagrado, compuesto de ocho millones de sílabas grabadas en letras del alfabeto birmano, representando palabras del "pali", antiguo lenguaje judío derivado del sánscrito.

Este monumento fué erigido en 1857 por Mindon-Min, último, si no único, rey de Birmania.

Tan vasta colección de templos forma un cuadrado con un templo más alto que los demás en el centro.

Cada una de las lápidas donde está grabado el texto sagrado tiene encima una especie de dosel en forma de pagoda.

Los contrabandistas de cocaína

—¿Esas sierras son amarillas? El mar es amarillo... el cielo... este hotel... todo, ¡todo es amarillo!

Dirigí la mirada hacia la extensión verde que va desde el Callao hasta las montañas de Lima, cuyas blancas torres se perfilan sobre el fondo de la cordillera. Rápidamente volví los ojos al hombre que teníamos delante. Por cierto, nada de amarillo en las sierras; y el mar era de un azul tan profundo como el del cielo. ¿El hombre se había vuelto loco de pronto? Kennedy se acercó y le tomó del brazo. El individuo se estremeció convulsivamente, y una o dos veces trató de vomitar. Por fin pudo volver a hablar:

—Un momento... tal vez... pasa pronto...

Nos quedamos a su lado, observándole. Nos habíamos alojado en ese hotel del Callao para pasar el par de días que tardaría en ser cargado en el puerto el vapor que debía llevarnos al norte. Allí conocimos a aquel hombre, un tipo de norteamericano, demasiado común en Broadway.

Se dejó caer en un sillón y dirigió una mirada rápida a una hermosa mujer que, en compañía de otro hombre, estaba sentada en el extremo de la galería. Creí comprender que los conocía, pero que, en su pánico, no se atrevía a pedirles auxilio.

La señora se llamaba Tira Suárez y había venido con nosotros en el vapor de Valparaíso. Indudablemente bella, con una belleza de tipo latino, de ojos obscuros y cabellos negros, su rostro tenía una palidez de un vago y tenue color aceituna. Sospechamos primero, que debía estar complicada en alguna intriga política, pero nada nos fué posible averiguar. En el puerto del Callao la señora fué recibida efusivamente por un joven, que supusimos colombiano, pues, al pasar, le oí decir que venía de Bogotá y que se había detenido en Guayaquil. Con sorpresa, supimos más tarde que era su esposo, el señor Fernando Suárez. Algún misterio a no dudar, había en esa pareja.

El hombre hacía desesperado esfuerzo por reponerse. De súbito metió la mano en un bolsillo y la retiró oprimiendo unos papeles que trató de romper.

Sus exclamaciones habían llamado la atención de los circunstantes. Dos peruanos que estaban en otro grupo de la galería, se acercaron sin tardanza. Tres personas formaban ese grupo: un caballero ya de cierta edad, un joven de aspecto autoritario y una joven muy pálida. Un rato antes los había estado observando. La joven era cortejada por sus dos acompañantes y, evidentemente, sus preferencias eran para el más joven. Se llamaba Carlota. Cuando el señor Suárez y su esposa regresaron del comedor, el joven desvió su atención de su compañera y dirigía frecuentes miradas a la señora Suárez, que no pasaron desapercibidas para Carlota.

El hombre era presa de un nuevo ataque. Trató, en vano de articular palabras y se llevó, desesperado, la mano a la garganta. Movió lentamente la cabeza de un lado al otro y por último la detuvo clavando la mirada en una puerta que había detrás de nosotros. Me dí vuelta. En la puerta estaba de pie otro norteamericano que nos observaba fijamente. El hombre hizo un esfuerzo heroico como para conjurar toda la energía que le abandonaba y exclamó:

—¡Es verde!... ¡Todo se vuelve verde!...

En seguida cayó postrado, dejando caer la cabeza en el respaldo del sillón. Kennedy se inclinó y colocó su mano sobre el corazón del enfermo. La expresión del rostro de mi amigo fué harto elocuente: El hombre había muerto.

Hubo un momento de confusión explicable. ¿Cuál podía ser la causa de esa muerte tan súbita? Un rato antes parecía lleno de vida. Sin duda debía haber alguna enfermedad orgánica que un médico descubriría; pero en mi ánimo se definía la sospecha de que una mano criminal, una mano misteriosa, había preparado esta muerte.

Creo que nadie advirtió el gesto de Kennedy, cuando, inclinándose sobre el cadáver, recogió los fragmentos de papel que la víctima había estrujado hacía un instante. La señora de Suárez preguntó con vacilante temor:



—¿Ha muerto?

En nuestra misma confusión halló la respuesta. Ella miró a su alrededor y murmuró:

—Ese hombre le ha estado siguiendo; el hombre que estaba en esa puerta, ¿quién es?

Nos dimos vuelta. El desconocido no estaba allí. Kennedy se arrodilló para examinar de cerca el cadáver. En ese instante el joven peruano intervino bruscamente:

—Me hago cargo de él. Soy el doctor Joaquín, secretario del ministerio de justicia. Don Pedro, tenga la bondad de avisar a la policía.

Kennedy sacó su tarjeta y la presentó al doctor Joaquín.

—Lamento mucho—contestó éste—pero no puedo evitarlo. Nadie debe intervenir. Después que la policía haya hecho su investigación, puede usted ofrecer sus servicios.

Dijo esto con mucha cortesía, pero había en el fondo de sus palabras cierta hostilidad apenas velada

Pocos momentos después llegaba la policía y el doctor Joaquín fué reconocido en su carácter de funcionario superior. Kennedy se apartó del grupo, visiblemente contrariado, y se dirigió a su cuarto, adonde yo le seguí. Una vez allí, comenzó a leer los papeles que el muerto había tenido en su poder. Uno de ellos, sobre todo, contenía algo interesante. Decía así:

"No me reconozca. Siga adelante con el asunto. Si consigo por usted los informes que necesito, tiene mi promesa de que no le pasará nada."

Salimos de la habitación y cruzamos el pequeño vestíbulo del hotel, invadido por la policía y la servidumbre sobrexcitada.

—¿Cómo se llamaba?—preguntó a mi amigo un empleado. Este señaló una línea en el registro que consignaba las entradas del día anterior y leí: "León Sanders, Nueva York, U. S. A."

¿Quién era este León Sanders y por qué había sido muerto? Ya entonces yo no tenía duda de que su muerte no había sido natural. Así pensaba, siguiendo a Kennedy, que entró en el comedor. Recordaba qué mesa había ocupado cada una de las personas que pocos minutos antes estaban en la galería. La mesa de Sanders era la de un extremo rincón y había sido la última en ser servida. A ella se dirigió Kennedy. Por suerte, aún no había sido levantada y en los platos quedaban algunos restos de comida, que Kenedy recogió rápidamente.

—¿Puedo hablar un momento con usted, profesor Kennedy?—interrumpió una voz detrás de nosotros.

Era el desconocido silencioso que habíamos visto en la puerta de la galería. Sin agregar otra palabra, tendió a Kennedy un papel, cuyas líneas manuscritas me recordaron la letra que acababa de ver en el registro del hotel. En el papel se leía:

"Sé quién es usted y sé que está siguiendo la pista del contrabando de cocaína de Nueva York a Panamá y de Panamá hasta aquí. Hay más de lo que usted sospecha. No puedo escribirle. Si le digo la verdad, ¿me dejarán libre?"

El papel que habíamos leído en la habitación de Kennedy era la respuesta a este último.

— Mi nombre es Denton, — declaró el desconocido confidencialmente. — Soy inspector aduanero de los Estados Unidos. Estoy siguiendo a una banda de contrabandistas que llevaba cocaína a Nueva York. De Panamá me mandaron aquí para descubrir el delito en su lugar de origen. Ya había logrado entenderme con Sanders, cuando ocurrió esto...

—¿Y ha descubierto algo?

—Hasta ahora puedo asegurar que todas estas gentes se conocen entre sí. Ese don Pedro es dueño de vastas plantaciones de coca en los montes... No perdamos tiempo; aun podemos averiguar algo.

Obedeciendo a un gesto de Denton, le seguimos. Subió la escalera, y sin consultar a nadie, se dirigió hacia la habitación que había ocupado Sanders. Abrió la puerta con una ganzúa y entramos. Entre otras cosas del equipaje de Sanders había una pila de gruesas revistas norteamericanas. Kennedy alzó una de ellas y observó:

—Es curioso... no parece de papel: es demasiado pesada... ¡Oh!, ¡las hojas están pegadas!...

Arrancó la tapa de la revista y con un cortaplumas rasgó algunas hojas por el medio.

El interior de la revista había sido ahuecado, cortando las hojas de manera que sólo quedaran los márgenes, luego pegados. Formaba así una caja que contenía un polvo blanco: cocaína.

—Es lo que sospechaba—exclamó Denton.—No sólo paga la cocaína un elevadísimo derecho de aduana, sino que las autoridades no permiten la venta de esta droga más que en reducida cantidad. El contrabando de cocaína permitía venderla clan-

destinamente al público, para alimentar un peligroso vicio, en cantidades mayores que las autorizadas, con las que se obtenía una ganancia realmente fabulosa.

Convinimos en dejar, donde se encontraban, a las numerosas cajas de cocaína—cada revista estaba repleta de esa substancia.—Como se trataba de algo muy valioso, alguien reclamaría "las revistas", y entonces tendríamos una clave para descubrir a los demás cómplices.

Volvimos, pues, a la galería del hotel, donde no tardaron en anunciarse los preparativos de los diversos grupos para ir a Lima, en el único tren que también nosotros debíamos tomar. Entretanto, ya nos habíamos dado cuenta de que nuestro amigo Denton era sospechoso para la policía y que se le vigilaba. En cuanto a nosotros, teníamos motivos para creer que la actitud del doctor Joaquín no era precisamente amistosa.

En el tren tuve la sorpresa de ver que el señor Suárez y su esposa, don Pedro, el doctor Joaquín y Carlota se entregaban a una amable conversación, como si entre ellos mediaran relaciones que su comportamiento en el hotel no hacía sospechar. El doctor Joaquín, particularmente, parecía más asiduo en sus atenciones para con la señora de Suárez, y si en verdad éste abrigaba algún resentimiento por esta causa, no hay duda de que sabía reprimirlo; pero uno adivinaba en él un temperamento violento, sombrío y temible.

Al descender en la estación de Lima hubo un momento de confusión cuando los pasajeros daban órdenes sobre los equipajes que se descargaban. A uno de ellos debió caérsele un paquetito. Lo advertí sólo cuando Kennedy lo levantó y se lo guardó en el bolsillo.

Sabíamos que nuestros compañeros de hotel en el Callao se alojarían en el principal hotel de Lima, al cual llegamos diez minutos después que ellos. Denton se había separado de nosotros, para no agravar las sospechas de la policía. Tuvimos la suerte de pasar inmeditamente, sin ser notados, a las habitaciones que pedimos. Lo primero que hizo mi amigo fué sacar de su equipaje los aparatos de su laboratorio, instalarlos en una mesa, y abrir el paquetito que había recogido en la estación. Había dentro un frasco cuyo contenido era un polvo incoloro, constituído por menudos cristales, delicados prismas, sin olor alguno. Kennedy ignoraba qué substancia era la que tenía en su mano. Se preparó, pues, a analizarla en su laboratorio, y como en esta tarea mis servicios eran poco eficaces, resolví salir por si la casualidad me proporcionaba alguna pista.

En el piso bajo, al cruzar un salón elegantemente amueblado, divisé en la puerta opuesta a dos damas. Eran la señora de Suárez y Carlota. Me acerqué lentamente. La señora Suárez hablaba:

—Una debe ahogar sus sentimientos personales, si se quiere tener algún resultado. Usted, mi querida joven, nada tiene que temer de mí. Yo ya he reprimido mis sentimientos.

¿A qué se refería? ¿Hablaban del doctor Joaquín? ¿Acaso Carlota sentía celos de Tira y ésta trataba de desvanecerlos?

Divagaba mi pensamiento en esas preguntas, cuando las dos mujeres se adelantaron, conversando amigablemente, y un instante después subían a un carruaje que las esperaba en la puerta del hotel.

Ninguno de los hombres estaba en el hotel. Salí para dar una vuelta por la ciudad y me dirigí a la Plaza Mayor, rodeada por el Club del Progreso, la Catedral, el Palacio de Gobierno y otros edificios, muy bellos, sobre todo los de arquitectura antigua. Los gallardos campanarios que se elevan majestuosos sobre una perspectiva de montañas, son un rasgo inolvidable para el viajero que visita a Lima.

En una de las calles centrales, entre la multitud de coches cuyos ocupantes regresaban del paseo crepuscular, advertí en un carruaje a la señora Suárez y al doctor Joaquín. Evidentemente, Tira había logrado dejar a Carlota. A pesar de que recorrí las calles más concurridas, no ví a ningún otro de nuestros conocidos del Callao.

Cuando regresé al hotel, Kennedy daba, al parecer, término a su tarea. Manipulaba en un tubo cierto líquido que al cabo de un instante adquirió un color rojo brillante, y que luego de sometido a la acción de una llama, cobró una hermosa tonalidad violeta. Kennedy se anticipó a mis preguntas:

—Es un mismo veneno, el de la comida y el del frasquito: santonina.

El nombre me era desconocido. Y como le interrogara con la mirada, agregó:

—Se me ocurre que fué puesto en la comida después que el mozo de comedor sirvió a todos, menos a Sanders, cuya mesa, como usted recordará, era la última, y, probablemente, dejó la fuente sobre una de las mesas ocupadas por los demás. La santonina es conocida en el Levante. Se la extrae de la flor seca de la "Artemisia santonica". No esperaba hallar esta substancia en esta parte del mundo. Afecta principalmente a la visión, como observamos en el caso de Sanders. Primero, la víctima ve todo lo que le rodea de color amarillo; luego esta visión amarilla se cambia poco a poco en verde y a este fenómeno siguen convulsiones, insensibilidad y muerte.



De pronto se abrió la puerta y entró Denton, muy excitado.

—Todos los efectos de Sanders han sido llevados del Callao a Lima por orden de la policía. Hay algo peor: durante el trayecto ha sido robado el bulto que contenía las revistas.

Era indispensable averiguar qué habían hecho durante esa tarde los tres hombres. Por lo pronto fuí a informarme del empleado del hotel.

—Ninguno ha vuelto todavía — me respondió —; sólo don Pedro regresó con un paquete, pero volvió a salir en seguida.

El cuarto de don Pedro estaba en el tercer piso. No había tiempo que perder, y así lo entendió Kennedy. Por medio de la ganzúa de Denton entramos al cuarto. Sobre una mesa estaba el voluminoso paquete que contenía las revistas. Kennedy comenzó a abrir una por una las cajas, sin cuidarse de si se desparramaba o no su contenido.

—¿Qué es esto?—exclamó súbitamente con viva sorpresa.

De debajo de una cubierta, donde había sido hábilmente disimulado, extrajo un papel. Era un mensaje remitido por una junta de Nueva York. Una importante revelación. Alguien estaba preparando un movimiento revolucionario. El documento daba todos los detalles. Las actividades alemanas en Sud América eran, indudablemente, muy vastas y comprendían no sólo tentativas para conquistar ayuda activa y mantener la neutralidad, sino también provocar movimientos contra el gobierno. La revolución debía ser sostenida con dinero alemán extraído de los Estados Unidos antes de la guerra. Se había reunido armas y municiones en diversos puntos de Colombia y de la costa. El contrabando de cocaína era sólo un medio de descubrir el verdadero designio.

Había que proceder, por nuestra parte, con toda rapidez y energía. Los intereses nacionales estaban comprometidos. Kennedy resolvió quedarse en el Perú hasta resolver el caso.

Nos trasladamos al salón del piso bajo. Denton salió después de cambiar breves palabras en voz baja con Kennedy. Este hizo traer con un mucamo una escalera, y luego me encargó:

—Hay que traer aquí a don Pedro y al doctor Joaquín, bajo cualquier pretexto. Dentro de un momento llegarán Suárez, su esposa y Carlota. Los espero aquí.

Don Pedro frecuentaba el Club del Progreso. Fuí al club y tuve la suerte de encontrarlo en compañía del doctor Joaquín. Me recibieron con una cordialidad que no esperaba, aunque en el fondo advertí cierta inquietud. Cambiadas algunas frases de conversación vulgar, les manifesté que el profesor Kennedy se encontraba en el hotel, en compañía de las damas y que tendría mucho placer en recibirlos para cenar juntos. Se manifestaron muy dispuestos a aceptar la invitación, sobre todo después de la mención de las damas.

Cuando entramos al salón, estaban ya reunidos Suárez, su esposa, Carlota y Kennedy. La reunión se inició amablemente. Kennedy dispuso que sirvieran refrescos, ajenjo, por ejemplo, mientras llegaba el momento de la cena. Mi amigo hablaba displicentemente:

—Es extraño: casi en todas las ciudades que he visitado he hallado agentes secretos empeñados en la obra de provocar discordia entre los Estados Unidos y los países sudamericanos. Si aquí, por ejemplo, se hiciese una revolución, habrían conseguido su propósito.

Estas palabras cayeron como un proyectil. La conversación amistosa, se transformó instantáneamente. Kennedy aparentó no prestar atención al cambio:

—Es posible que alguien haya tratado de aprovecharse de un plan de contrabando de cocaína. Ese pobre individuo, Sanders, era un simple instrumento, sin saberlo él mismo. Tal vez estaba a punto de descubrir algo y su vida fué sacrificada para evitar que se revelara el secreto. Y a propósito, se sabe algo, doctor Joaquín, respecto a la causa de su muerte?

—No; se cree que era un individuo que acostumbraba a intoxicarse con cocaína. Dicen que esa gente tiene alucinaciones...

—No fué cocaína lo que causó su muerte—afirmó con grave cortesía Kennedy.—Fué un extraño veneno originario del Levante, la santonina, que tiene el efecto de hacer que la víctima vea todo de color amarillo y luego verde. ¿Cómo ha llegado al Perú? Quién sabe... los agentes secretos podrían traerlo de Turquía misma a los países sudamericanos del Pacífico...

Kennedy calló un momento, observando en su auditorio una atención que amenazaba hacer explosión. Súbitamente una mujer dió un grito agudo:

—¡Amarillo!... ¡Todo se vuelve amarillo!

Era Carlota. Confieso que yo también me estremecí: a nuestro alrededor, en el salón, todos los objetos iban adquiriendo una tonalidad amarilla. Era una horrible sensación. Miré a los circunstantes: todos eran presa de un verdadero terror. Kennedy nos miraba tranquilo. Subrepticiamente me hizo una seña.

Lentamente el color amarillo se cambiaba en verde... Recordé entonces las instrucciones de Kennedy a Denton: Había hecho cambiar las lámparas del "plafonier" de luz difusa, colocando una lámpara blanca, otra amarilla y la tercera verde. ¿Dónde estaba Denton? Manejaba la llave de la luz.

Todos se hallaban poseídos de pánico. Carlota, sobre todo, parecía un espectro. Don Pedro exclamó, dirigiéndose al doctor Joaquín:

—¡Un complot contra el país! ¡Yo creí que vendía cocaína!

Joaquín no contestó.

—¡Usted lo traicionó! ¡Usted sabe que perdí el paquete que él me dió en el tren!—gritó Tira, pálida y agitada, dirigiéndose a Carlota que, llorando y abrazada a Joaquín, protestó:

—¡Usted tenía celos! Quería vengarse; sabía bien a quien amaba realmente y cuyo secreto guardaba. No podía sacrificarse, ni aun por un tiempo.

—Muy bien, Denton—exclamó Kennedy;—ya sé todo.

La luz blanca apareció de nuevo.

—No habrá ni revolución ni contrabando—afirmó Kennedy, poniéndose de pie y abocando su revólver a la frente de Fernando Suárez;—pero creo que todavía en el Perú hay leyes contra el asesinato.

Arturo B. REEVE.

Dib. de Yacama.

Venecia

En esta desgracia de que Italia se levanta ya, más fuerte, como Anteo, hay una ciudad sobre todo amenazada, Venecia, que tiene para los alemanes valor militar por los tesoros artísticos que encierra. Antaño república magnífica, es hoy ciudad de ensueño, impregnada de una melancólica y dulce poesía. ¡Pálida estrella en la frente de Italia soñadora! Byron, Gauthier, Chateaubriand, dijeron de su encanto doloroso, y en nuestros días Barrès ha vuelto a encontrar en sus canales la canción del arte, interrumpida a instantes por el suspiro del amor y el adiós de la muerte...

Compadezco a Venecia tal como los siglos la abandonaron, pero no quisiera que mi queja la realzara. Es un capricho, y, si hubiese que explicarlo, describiría entre mil impresiones, que en mi opinión lo justifican, lo que sentí cuando M. Franchetti restauró la Ca d'Oro.

Durante mucho tiempo, nuestro placer en presencia de esa obra maestra del gótico veneciano, tuvo la cualidad dolorosa que inspira una belleza imprudente si no opone a las fiebres más que sus gracias. "¿Cómo—se dice uno—con su galería abajo y sus dos logias superpuestas, con sus columnas y sus arcos transparentes al sol que los baña y tan delicadamente labrada que el aire del canal debería bastar para desgarrarla como a un encaje, esa casa de Ariel vive desde el siglo XIV? ¿Cómo no conmoverse ante tanta valentía? ¡Oh, tuviera yo la suerte de intervenir en los destinos de ese pequeño palacio! Querría socorrerlo".

El socorro ha llegado. La armoniosa morada aérea no pide ya nuestra compasión, pero pretende nuestro homenaje de admiración. Con placer se lo rendí, pero en seguida me pareció lujosa y de un gusto demasiado rico.

Delante de esta joya feliz que admiran numerosas barcas y en ese Gran Canal inundado de sol, se me presentó, con gracia irresistible, la imagen de los barrios apartados de Venecia.

Al lado de ese canal pomposo en que se logra mantener, bien o mal, algunos bellos instantes del apogeo veneciano, todos los pequeños senderos de piedra o de agua, "río", "fondamenta", "salizzada", "calle" continúan lentamente su regresión. Esos senderos solitarios nos invitan al placer delicado del replegamiento. Deseaba volver a ver, entre mil perlas enfermas, la humilde y abandonada Santa Albicia.

Mi gondolero se internó en el río San Felice, a la derecha de la Ca d'Oro... El encanto subyugante de esos pequeños canales, llenos de sombra abajo y violentamente iluminados en lo alto, viene en parte del contraste de su frescura con la reverberación del sol en las aguas más dilatadas. Hasta mediodía, en sus barrios pobres y apretados, Venecia tiene esa juventud deslumbrante que a las nueve desaparece de los campos con el rocío. Y luego, ¡qué bellos son los gritos en su gran silencio! Ese silencio, observándolo bien, no es aunsencia de ruido, sino ausencia de rumor sordo: todos los sonidos vuelan distintos e intactos en este aire límpido, donde las paredes los echan sobre la superficie de la laguna que, a su vez, los refleja sin mezclarlos. Es así como, en las soledades forestales, los trinos de los pájaros, antes que romper el reposo, lo acentúan.

El movimiento de las ondas sonoras va en Venecia como la perpetua ondulación del agua, sin sacudidas y sin fatiga. Los sonidos jamás nos producen sobresaltos; se los gusta, se conoce sus cualidades, sus sentidos. Mientras el agua se aparta con fresco murmullo bajo el peso de mi gondolero, oigo acercarse a lo lejos y extinguirse los pasos de un paseante invisible y distingo su juventud ligera o su edad grave; allí, en esos barrios venecianos, el paso de un extranjero no produce el suave palmoteo de las sandalias de madera de una humilde veneciana...

¡Inapreciable nitidez de esas sensaciones que nacen profusas en nuestro organismo deliciosamente hiperestesiado! Semejante tensión nerviosa sería intolerable en un clima seco, pero Venecia nos baña y, excepto en los días de "sirocco", nos hace ignorar que nuestros nervios están excitados.

Tampoco para los ojos, nada es incierto o confuso en Venecia. Recogemos sin tregua imágenes distintas, que jamás se chocan y que, desde cualquier punto que se las abrace, se disponen mara-



villosamente. El pobre harapo amarillo, violeta o rojo, puesto a secar en una ventana, es él solo un valor suntuoso, al mismo tiempo que concurre al romanticismo general del "palazzo", rosado y luminoso arriba, verde y húmedo abajo, y de todo el canal que se prolonga con sus barcas inmóviles, con sus aguas espejeantes o sombrías. En esos paisajes de piedra, si de algún pequeño jardín eleva un árbol sus altas ramas y por arriba de un muro las inclina sobre el sendero de agua que las refleja, esta rareza vegetal añade un milagro de juventud a las prodigalidades del ingenio arquitectónico.

Aunque las casas venecianas estén servidas por juegos de luces, no habría que llegar hasta decir: "Son artificios de teatro todas las combinaciones de las nubes y el agua", pues en medio de una "mise en scène" tan acertada que los trapos lavados parecen los velos de una sultana invisible, y que un pobre tilo canta, por decirlo así, y al volver un camino se convierte en una voz sublime, hay ingenuidades que desconciertan: en sus segundos planos esta Venecia cortesana dispersa perfecciones que en un museo serían exaltadas en el salón de honor. Esta mañana de octubre, en el camino por donde voy a Santa Albicia, hago nuevos descubrimientos. Las hojas rojas de una viña celan en una pared una virgen de algún Sansovino, una bella virgen realista, que uno entrevé humilde y bella, como un fruto que el artista, lleno de gusto, colocó en ese sitio. Melancolía deliciosa de esos palacios de ventanas cerradas con tablones, saqueados por los mercaderes y más dignos de amor en su desgracia que sus hermanos del Gran Canal, reparados, irreparables, en los que creo ver, en la "loggia", el rostro de Jezabel...

Mauricio BARRÈS.

La invención de la imprenta

La "Revista de Holanda" publica un artículo del señor Arturo Hubens, que demuestra que "Gutenberg no es el inventor de la imprenta".

No es, por cierto, un descubrimiento: la tesis de Hubens ha sido ya admitida por todos los historiadores que han estudiado la cuestión con imparcialidad. El crítico nombrado no niega el mérito ni la importancia de Gutenberg: el ciudadano de Maguncia perfeccionó notablemente el invento, y su famosa Biblia de cuarenta y dos líneas, publicada hacia 1456—uno de cuyos raros ejemplares llegados hasta nuestros días ha sido vendida hace poco a un norteamericano por doscientos cincuenta mil francos—debe ser considerada como la primer obra maestra publicada por el nuevo arte. Pero Gutenberg no fué el iniciador.

Fué en Holanda, en Aarlem, donde nació la imprenta, y el verdadero inventor se llama Lorenzo Coster. Se sabe que lo que caracteriza a este invento es el empleo de caracteres sueltos, de metal fundido. Antes de que éstos fueran empleados, se había ya impreso algunos opúsculos con planchas de madera, por un procedimiento idéntico al del grabado. Los chinos conocían esta práctica desde hacía siglos. Pero Lorenzo Coster tuvo la idea genial de fundir los tipos movibles. No logró desde el principio la perfección ideal, pero no quita al reconocimiento de su derecho de prioridad. La "Crónica de Colonia" confiesa en 1499 que "el primer esbozo de este arte ha sido realizado en Holanda". Otro cronista que floreció en el siglo diez y seis y que firmaba con el pseudónimo de Junius, proclama que Lorenzo, hijo de Juan y natural de Aarlem "tuvo el honor de inventar la tipografía". Agrega Junius, que habiendo producido el invento grandes ganancias, uno de los obreros de Lorenzo Coster, desleal a su patrón, huyó, llevándose a Maguncia el secreto a que había sido iniciado bajo juramento. Uno de los socios de Gutenberg, llamado Drietzchen, se jactaba de hacerse rico en un año. Por otra parte, Gutenberg mismo parece haber sido pérfidamente despojado de sus bienes por su socio Fust.

Uno de los primeros libros impresos por Lorenzo Coster en la primera parte del siglo quince, fué "Las Donatas", especie de manual escolar así llamado del nombre del gramático Donatus, y el "Speculum humanae salvationis", algo así como una biblia elemental en versos latinos. Estos libritos habían tenido una gran boga en la edad media, de suerte que la imprenta, en sus principios, prolongaba el espíritu medioeval. Felizmente sobrevino el Renacimiento. La imprenta no puede ser considerada como una de las causas del Renacimiento, pero lo sirvió de una manera eficaz, poniendo al alcance de un público innumerable los escritos emancipadores que hasta entonces sólo leía un grupo de doctos.

Demostración al doctor Rougés

Como consecuencia de los sucesos políticos que vienen desarrollándose en Tucumán, y que durante estos últimos días han absorbido intensamente la atención general del país, se realizó el sábado de la semana anterior un acto demostrativo en honor del presidente del senado y gobernador en ejercicio de aquella provincia, doctor León Rougés, donde se puso de manifiesto las muchas simpatías y adhesiones que su conducta ha despertado dentro y fuera del partido a que pertenece.

Más de quinientos comensales, entre los que se contaban numerosas personalidades de respetabilidad política y social, rodearon la mesa del doctor Rougés, dando a la demostración una significativa importancia.

El acto, que asumía el doble carácter de desagravio al funcionario y adhesión al caballero, alcanzó las más lucidas proyecciones.

El doctor Rodolfo Rivarola, en un discurso muy aplaudido, ofreció la demostración al doctor Rougés, y a continuación contestó brevemente el invitado, expresando su agradecimiento por el homenaje de que se le hacía objeto. Hablaron después los señores Alfonso de Laférrere y doctor Enrique Loncan, este último en representación de la juventud del partido demócrata progresista, cerrando la serie de los discursos el doctor Marco Aurelio Avellaneda, con una feliz improvisación.

Los oradores tuvieron frases de condenación y de protesta hacia los sucesos políticos de que ha sido recientemente teatro la capital tucumana, y que tuvieron como epílogo el destierro del gobernador en ejercicio, doctor Rougés.

En la cabecera de la mesa, acompañando al obsequiado, hallábanse los señores Benito Villanueva, Francisco J. Beazley, Ezequiel Ramos Mexía, Carlos Dimet, Antonio F. Piñero, Antonio Nougués, Leopoldo Sosa, Rodolfo Rivarola, Francisco Uriburu, Brígido Terán, J. Albarracín, M. Iturbe, M. A. Avellaneda, J. A. Roca, general O'Donnell y otros.



Vista parcial del banquete realizado en el Prince George's Hall, la noche del sábado último, en honor del presidente del senado de Tucumán, doctor León Rougés, acto al que acudió un crecido número de caballeros de significación política y social.

El Hogar Sanford



El ingeniero señor Pedriali, administrador general de la compañía de tranvías Anglo-Argentina, leyendo su discurso en el acto de la inauguración.



Momentos antes de procederse al reparto de juguetes.

Con asistencia del ministro de la Gran Bretaña, Sir Reginald Tower, del interventor nacional de la provincia, doctor Cantilo, de su secretario de obras públicas, señor de Bary, y del comisionado municipal de Quilmes, señor Otamendi, se realizó en este pueblo, el domingo 18 del corriente, la inauguración oficial del Hogar Sanford, benéfica institución modelo creada por la Compañía de Tranvías Anglo Argentina, con destino al veraneo de los niños hijos de los obreros de la citada empresa.

Visitadas por la comitiva oficial todas las dependencias del establecimiento, sirvióse un lunch en los jardines del mismo y se dió por inaugurada la institución de referencia. Con tal motivo, el administrador general de la empresa de Tranvías Anglo Argentina, ingeniero señor Pedriali, leyó un bello discurso, en el cual elogió la hermosa iniciativa del señor Samford, al crear una institución donde los hijos de los obreros de la compañía, podrán aspirar oxígeno puro en beneficio de su salud.

También hicieron uso de la palabra el presidente del directorio local de la empresa de tranvías eléctricos del Sur, y el interventor nacional, doctor Cantilo.



El interventor nacional en la provincia, doctor Cantilo, distribuyendo regalos entre los niños de los obreros.



Señoras y señoritas de la comisión directiva que tuvo a su cargo la organización interna de la institución.

Homenaje a Italia

La enorme masa de manifestantes, quo ocupó totalmente la amplia Avenida sobre una extensión de varias cuadras, escuchando el Himno Nacional durante un alto en su lenta marcha hacia la plaza de Mayo, donde fueron pronunciados los discursos.

Las proporciones, en cuanto al número y representación, alcanzadas por la manifestación de homenaje a Italia realizada el domingo último a iniciativa de las instituciones culturales argentinas, constituye la más elocuente prueba de que los sentimientos que nos animan son enteramente de simpatía y amor a la patria de Garibaldi, el esforzado campeón de las libertades, en la difícil hora histórica que actualmente vive.

El contingente popular, grande y entusiasta, fué bellamente realzado por la incorporación de diversas instituciones, entre las que figuraron las agrupaciones liberales españolas, con el comité gallego pro aliados al frente. A parte de estas adhesiones oficiales, fueron muchísimos los súbditos españoles que se incorporaron a la enorme columna llevando pequeñas banderas con los colores patrios como en ostensible demostración de que entre la colectividad hispana son muchos, los mejores por cierto, los que simpatizan con la gran causa de los aliados.

En la forma que en cuanto a organización lo permitió la inmensa concurrencia, la manifestación se trasladó desde la plaza del Congreso a la de Mayo,



La bandera del comité nacional de la juventud al llegar a la esquina de Avenida de Mayo y Bolívar, donde se pronunciaron los primeros discursos.

donde habían sido alzadas las distintas tribunas desde las cuales pronunciaron sus discursos los varios oradores anunciados.

Antes de formarse el mitin en la Avenida de Mayo, habían hablado ante las columnas parciales don José R. Lence, por el Comité Gallego pro aliados, y don M. Abdoy Castro por los obreros españoles adheridos al homenaje.

En la plaza de Mayo habló el doctor Francisco Sicardi, y como ante la tribuna ocupada por éste fuera casi incontenible la presión ejercida por el público, el doctor Alfredo L. Palacios, que debía hablar desde ella lo hizo desde el balcón de una casa de la Avenida de Mayo, siguiendo el doctor Gustavo Caraballo, que leyó una inspirada poesía titulada ''A Italia''

Habló después don Rinaldo Rinaldini, en nombre del Comité Nacional de la juventud y el senador nacional doctor Joaquín V. González se excusó por razones de salud enviando empero el discurso que al efecto había preparado, quo fué leído por el doctor J. Nicolás Reyes.

Cerrada ya la noche, se disolvió la manifestación en perfecto orden, diseminándose en todas direcciones los que a ella habían concurrido.

Cincuentenario de "La Capital"

Medio siglo ha cumplido el día 15 del corriente mes el diario "La Capital", de Rosario. Cincuenta años de vida sana y útil es en un diario para nuestro país salido apenas de su período de organización, un acontecimiento digno de ser saludado con unción y entusiasmo, máxime siendo "La Capital" el primer diario argentino que llega a su quincuagésimo año de vida.

"La Capital" ha cumplido como bueno a través de toda su larga vida un vasto programa de cultura constructiva tanto más difícil cuando menores fueron las inclinaciones de algunos gobernantes hacia el gobierno democrático e impersonal. Hoy, el pequeño diario que medio siglo atrás fundara don Ovidio Lagos es un gran diario moderno, un verdadero diario nacional. Por la claridad de sus vistas, por su amplia información y por su selecto material ha llegado a ser uno de los mejores del país.

En ocasión de la fausta fecha que junto con "La Capital" ha celebrado el periodismo nacional, el gobierno de la provincia de Córdoba ha tenido un gesto digno y raro a la vez, dictando el decreto que a continuación transcribimos:

Celebrándose en el día de la fecha el cincuentenario del diario "La Capital", de la ciudad del Rosario de Santa Fe, decano de la prensa nacional, y considerando:

Que el periodismo representa en los países democráticos, especialmente en el nuestro, el medio más eficaz y seguro de propaganda de ideas y principios, de normas de acción para los gobiernos y fiscalizador para los mismos.

Que debiendo el gobierno de la provincia de Córdoba su existencia a una mayoría de opinión, manifestada en forma indiscutible en los comicios, y cuyos deseos han sido siempre la libre discusión de todos sus actos, no puede menos de mirar complacido el acontecimiento que celebra el diario expresado, y al adherirse al mismo, significa también un homenaje a la prensa de la república, en el más antiguo de sus órganos.

El gobernador de la provincia, etc.


Noviembre 15 de 1867

LA CAPITAL.

OVIDIO LAGOS—DIRECTOR.



Los señores Lagos, actuales propietarios del diario, rodeados por los amigos en la recepción que festejando la fecha fué realizada. — Facsimile del primer número de "La Capital", el autorizado órgano rosarino.



Los canillitas reunidos frente al diario "La Capital", para saludarlo en su 50.° aniversario.

La Semana del Nene



La señora Ernestina A. López de Nelson, presidenta del "Club de Madres", organizador de la Semana del Nene, el doctor Horacio González del Solar, director de la Asistencia Pública, el doctor Olivero, el señor Ernesto Nelson y otras personalidades en la inauguración de la exposición de puericultura organizada en el antiguo local de la Bolsa.

Pro ruptura con Alemania



El doctor Ferrarotti y demás organizadores del mitin pro ruptura realizado en Rosario el domingo anterior, a la cabeza de la columna, en compañía de don Mariano Villar Sáenz Peña y restantes delegados del comité nacional de la juventud.



La manifestación, una de las más numerosas efectuadas en Rosario, pasando por la calle Córdoba.



Un bello ejemplo.—Los españoles en el mitin.

El Santo y el Diablo

Les contaré a ustedes la aventura del Diablo y el Santo, aventura tan admirable como verídica, por la cual se prueba que el espíritu jesuítico existía ya en la tierra muchos siglos antes de que naciese Loyola.

La contaré lisa y llanamente, tal como me la contó, apenas hace ocho días, un anciano pastor cubierto con una capa parda del color de la yesca, mientras sus cabras pastaban y él, tendido al sol, tomaba el fresco a la manera provenzal.

—En aquellos tiempos—me dijo el tal pastor—el Diablo y el Santo, cada cual en lo suyo, predicaban por los Alpes. Es de advertir que entonces los Alpes valían la pena de que se predicase en ellos. Los torrentes no habían arrastrado aún toda la tierra buena hasta la Provenza, no dejando a las pobres gentes de por aquí más que la roca pelada y los guijarros; las montañas, ahora descarnadas, se redondeaban llenas de tierra grasa; los bosques verdeaban en las cimas y los arroyos corrían por todas partes. En tan hermoso país el Diablo y el Santo cumplían perfectamente con su misión. Iban de aquí para allá convirtiendo a las gentes: el uno, para el Paraíso; el otro, para el Infierno. El Santo enseñaba todo lo que sabía; es decir, el camino del cielo, un poco de latín y las oraciones; el Diablo enseñaba a las gentes a ocuparse principalmente de las cosas materiales: a construir las casas, a hacer los niños, sembrar el trigo y plantar las viñas. Buenos amigos, después de todo, porque no se perjudicaban uno a otro con sus propagandas, no se odiaban gran cosa (al menos así se lo figuraba el Diablo) y a veces se paraban en el recodo de un camino para charlar un rato y echar un trago de la calabaza.

Y parece ser que un día, al ponerse el sol, el Diablo y el Santo se encontraron en el sitio mismo en que ahora estamos; el Santo, en traje de santo con manto, con mitra, con nimbo y muy lleno de dorados; el Diablo, negro y tostado, como siempre; tostado como una espiga, negro como un grillo.

—Buenas tardes, Santo.

—Buenas tardes, Diablo.

—¿Ya de retiro?

—Se acerca la hora de la cena.

—¿Y si nos sentásemos un rato en esta roca? La vista del valle es preciosa y el viento es muy agradable.

Había un poco de hierba seca y el Diablo y el Santo se sentaron uno al lado del otro: el Diablo, sin la menor desconfianza y muy contento porque había aprovechado bien el día; el Santo, lleno de cristiano celo y resplandeciente como su mitra de oro.

—¿Y cómo van esos asuntos?—preguntó el Diablo.

—No van del todo mal; hasta ahora no puedo quejarme—contestó el Santo.—Los pobres de espíritu van siendo cada vez más raros; claro que hay momentos duros; pero hasta el fin nadie es dichoso.

—Vaya, pues me alegro; más vale así.

—Hasta he encontrado medios de poderme edificar una capilla el mes pasado; muy pequeña, eso sí; pero todo es empezar. ¿Quieres que te la enseñe?



—Con mucho gusto, si no está lejos.

Y echaron a andar, el Santo delante y detrás el Diablo, escalando las pendientes, atravesando los bosques, subiendo siempre.

—Pero, ¿es que vives en el cielo?

—No, en lo más alto de la montaña nada más. Es muy buen sitio; se ve el campanario desde muy lejos, y cuando echo una bendición, veinte leguas de tierra, por lo menos, la reciben.

Al fin, llegaron a la capilla.

—¡Muy bonito! ¡Muy bonito!—dijo el Diablo mirando por el ojo de la llave, pues el agua bendita le impedía la entrada.—Los bancos están nuevecitos, las paredes muy blancas, tu retrato en el altar me parece de un gran efecto. Te felicito sinceramente.

—¡Lo dices de un modo!

—¡Pues cómo quieres que lo diga?

—¡Es mejor tu casa?

—Un poco más grande; pero nada más.

—Vamos a verlo—dijo el Santo.

—Vamos—contestó el Diablo;—pero con una condición: y es que cuando estemos dentro no harás la señal de la cruz; vuestras dichosas señales de la cruz estropean los edificios mejor construídos.

—Bueno; te lo prometo.

—No me basta; me lo has de jurar.

—Pues te lo juro—dijo el Santo, que ya llevaba su idea.

Inmediatamente apareció un carro de fuego y los dos fueron transportados, tan de prisa, que no tuvieron tiempo de ver el camino, al palacio más hermoso del mundo. Todo él estaba lleno de columnas de mármol blanco, de bóvedas que se perdían de vista, de surtidores de agua que murmuraban, de arañas de cristal, de paredes de oro y plata; el suelo era de rubíes y de diamantes: en fin, todos los tesoros que hay bajo tierra.

—¿Qué te parece?—preguntó el Diablo.

—Muy hermoso, muy hermoso—murmuró el Santo, que se había puesto verde.—Hermoso por arriba, hermoso por abajo, hermoso por la izquierda, hermoso por la derecha.

Y al decir esto, el Santo iba señalando con el dedo los cuatro lados del edificio. Así, sin faltar a su juramento, hizo la señal de la cruz. Inmediatamente se rompieron las columnas, se hundieron las paredes y las bóvedas. El Santo, que tuvo bien cuidado de permanecer en la puerta, no sufrió el menor daño, y el Diablo, cogido entre los escombros, se consideró dichoso con poder adoptar su forma de serpiente para salir por entre las piedras.

—Ese Santo era un perfecto jesuíta—dije al pastor.

—Las dos capillas aun están allá abajo y aun pueden verse—concluyó diciendo el pastor, haciéndose el sordo a mis palabras. Y me señalaba una capilla rústica que se elevaba a la entrada de una gruta que ya había yo visitado antes de conocer la leyenda y que con sus paredes cristalinas, su bóveda, sus filas de blancas estalactitas puede dar, en efecto, idea de un fantástico palacio derrumbado.

Paul ARENE.

Dib. de Macaya.

De veraneo

Llegaron en el tren de la mañana. Un antiquísimo carricoche desvencijado les esperaba en la estación y los llevó a la finca.

Laval fué el primero que saltó a tierra, dió la mano a su mujer para que descendiese, cogió en brazos a su hija Susana, y Mauricio se apeó de un salto.

En pie, junto a la verja de su propiedad, les esperaba la tía Tomasa. Pequeña, flaca y erguida, ataviada con su invariable vestido de seda negra y una mantilla blanca sobre los postizos rubios, tenía un aspecto más desagradable que de costumbre. Se adelantó despacio, abrió los brazos y dió dos besos glaciales en ambas mejillas a Blanca Laval.

—Buenos días, sobrina; qué mala cara tienes. El campo te sentará bien; ya verás. Buenos días, Susanita. ¿Qué edad tiene? Ocho años... Pues está altita.

La tía Tomasa dió una palmadita en la cara de la niña y después volvióse con cierta expresión hostil hacia Laval, al que no había perdonado que siendo un simple empleado sin fortuna, hubiese osado casarse con su sobrina.

—Buenos días, señor Laval—le dijo con frialdad glacial.—Muchas gracias por dedicarme los ocho días que tiene usted de licencia.

Mauricio, creyendo que también a él le correspondía una caricia, se adelantó cariñoso a recibirla; pero la tía sólo le saludó con un vago saludo sin palabras. Sin embargo, al ir a entrar en la casa se encaró con él y le dijo:

—Pequeño, te advierto que en mi casa los niños han de ser juiciosos. Nada de andar por el césped ni de coger flores, ni tronchar ramas, ni jugar con la arena de los paseos.

Mauricio se puso como la grana. Tenía ya doce años y creía que sabía portarse bien en todas partes sin necesidad de advertencias.

La tía Tomasa entró en la casa seguida del matrimonio. Los dos esposos se miraron consternados. Hacía cinco años que no la habían visto. Entonces estaba incomodada con ellos sin motivo alguno, y ahora, sin motivo también, acababa de reconciliarse, invitándoles a pasar con ella el verano en su finca. Aceptaron llenos de alegría, prometiéndose pasar un verano delicioso en el campo. Especialmente para los niños, fué la invitación una promesa de felicísimas vacaciones. Laval, que estaba destinado en los avituallamientos del ejército, iba a pasar sólo ocho días; pero su mujer y los niños iban a estar dos meses.

Mauricio, aún molesto por la mala acogida que le había hecho su tía, fué a ocultarse en un rincón del jardín. Tenía mejor criterio que el que suelen tener los muchachos de su edad, y empezaba a comprender que sus vacaciones no serían todo lo divertidas que él se figuraba. Le parecía que allí hasta la sombra de los árboles le era hostil, y echaba de menos su reducida casita de París, por pequeña y calurosa que fuese.

El toque de una campana le hizo echar a correr hacia la casa. Entró sofocado en el comedor. La tía Tomasa, que ya estaba sentada a la mesa, le echó una mirada tan furibunda, que le dejó clavado en la puerta.

Y recalcando las palabras con su voz desagradable, le dijo:

—En esta casa no se corre ni se dan patadas y se llega a tiempo para sentarse a la mesa.

Mauricio no estaba acostumbrado a que le hablasen con tanta severidad. Miró a sus padres, que se hacían los desentendidos. Se acordó de las advertencias que le habían hecho, contuvo la ira y las lágrimas, salió y volvió a entrar despacio.

—Este chico te debe dar muchos disgustos, sobrina—dijo la vieja.—Le habéis mimado demasiado, eso se ve a la legua. No me extraña, porque siempre fuiste débil de carácter.

Dijo también que el niño debería aprovechar las vacaciones, y que debían señalársele horas de estudio. Dirigiéndose después a Laval le preguntó si seguía en el avituallamiento. Como su sobrino le contestase afirmativamente, ella le manifestó que allí no había el menor peligro; pero que, después de todo, era un destino muy a propósito para un hombre de su edad, pues ya no era un niño, y para su salud, que nunca había sido muy buena, como había hecho observar a su sobrina cuando ésta se empeñó en tomarle por marido a toda costa. Y suelta ya la lengua, empezó a hablar mal de todas sus amistades comunes, y contó interminables y ponzoñosas historias de gentes a quienes ellos no conocían. Al mismo tiempo vigilaba lo que cada cual se servía, sobre todo a Mauricio, que tenía un hambre canina, y apenas podía ocultar la indignación.

Cuando acabó el almuerzo se retiró la vieja señora a dormir su siesta, y el matrimonio y los hijos subieron a las habitaciones que les habían designado.

Al cabo de un rato dijo Laval a su hijo:

—¿Vamos a dar un paseo?

—Sí, papá—contestó el niño con alegría.

Salieron de la casa y anduvieron gran rato sin decir palabra. De pronto exclamó Mauricio:

—Es decir, papá, ¿que el venir aquí no tiene más objeto que el de asegurar el porvenir de Susana y el mío?

Laval se quedó pasmado.

—¿Qué estás ahí diciendo, muchacho?

—Digo lo que sé. ¿Crees que no oí lo que dijisteis tú y mamá el otro día?... Hay que hacerse querer de la tía, porque tiene dinero, y nosotros que no podemos salir adelante con todo. Por eso no le contesté nada cuando me riñó a la hora de almorzar. Sin embargo, ya viste que se me saltaron las lágrimas.

Se quedó pensativo un instante y añadió:

—¡Pero es tan importante no tener dinero!...

El padre estaba tan sorprendido, que se olvidó de que estaba hablando con un niño y contestó con amargura:

—Cuando hayas trabajado durante veinte años seguidos sin haber podido ahorrar ni cinco céntimos para tus hijos, no preguntarás tal cosa...

Arrepentido de lo que había dicho, se interrumpió y repuso:

—No hagas caso, que no sé lo que me digo. Lo que te advierto es que hay que obedecer a tu tía. Además, aquí se está divinamente.

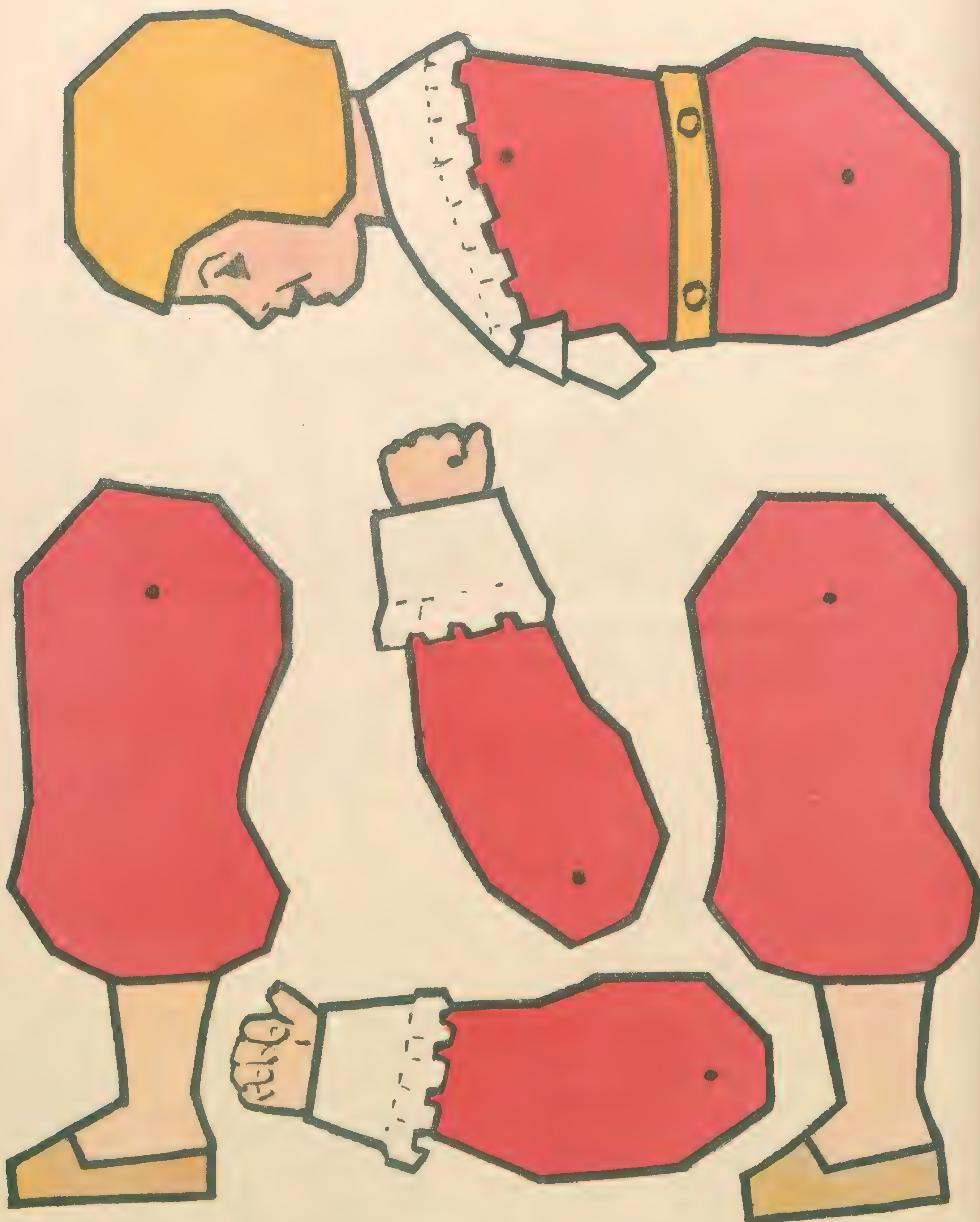
—No tengas cuidado, papá—dijo Mauricio más serio que nunca,—puedes contar conmigo. Por el porvenir de Susana, la obedeceré en todo; pero te advierto que yo de esa vieja no quiero... ni agua.

—¡Niño!...

—¡Claro, como tú no has de estar aquí más que los ocho días de licencia! Pero, ¿y los dos meses de vacaciones que tengo que pasarme yo?

Federico BOUTET.

Página infantil



Cortar la página y pegarla sobre un cartón, para darle mayor consistencia. Recortar las figuras y unirlas con un broche por los puntos negros; en esta forma, el muñeco tendrá movimiento en sus articulaciones y podrá adoptar distintas actitudes.

Anteojos para el cinematógrafo



La fatiga visual que produce el cinematógrafo en algunas personas puede ser eliminada, según parece, empleando a manera de anteojos, un par de discos opacos, que tienen a la altura de la pupila una ranura horizontal por la cual las personas que los llevan ven las imágenes.

Condición previa

El señor Beeckmann, gobernador del Estado de Rhode Island, en un discurso pronunciado a propósito de la campaña nacional contra el alcoholismo, declaró que la población empieza a considerar a los abusos de bebida, como la esposa del cuento:

—Querido Jim—dijo la mujer,—es preciso que dejes de beber. Cada vez que vas a esos banquetes estás enfermo al día siguiente...

—Todos los grandes hombres han sido bebedores: ahí está Poe, Carlos Lamb, Burns...

—Muy bien; entonces prométeme sólo que no beberás hasta que seas un gran hombre.

Éxito inesperado

Cediendo a las instancias de sus muchos amigos, se decidió a publicar su libro de versos. Tenía algunas dudas acerca del resultado de su aventura literaria, y cuando algunos conocidos de buen corazón le decían:—"Va a quedar medio arruinado", se sentía dispuesto a darles la razón. Al fin, no sin temor, escribió al editor, para preguntarle por la pérdida que él calculaba en unos ochenta pesos:—"Sírvase comunicarme cuánto se ha vendido de la edición y lo que le quedo debiendo". El editor contestó: "La edición íntegra se ha ido. Adjunto cheque por doscientos pesos que le corresponden". El poeta se estremeció de alegría, pero... una cosa no le dejaba muy satisfecho. ¿Quiénes habían adquirido el libro? ¿Los amigos, las bibliotecas públicas? Es lo que preguntó al editor por escrito. "¡Oh, señor, mejor haría en no preguntármelo! Le liquidé el importe de su edición íntegra, porque tenía toda la mercadería asegurada cuando el incendio destruyó por completo mi casa".

Sobre el nivel del mar

Según los geógrafos el término medio de la altura sobre el nivel del mar de los países europeos, es el siguiente, expresado en pies: Holanda, 159; Bélgica, 535; Rusia, 550; Alemania, 607; Gran Bretaña, 712; Rumania, 922; Dinamarca, 1.155; Francia, 1.290; Noruega y Suecia, 1.404; Italia, 1.664; Austria, 1.698; Península Balcánica, 1.900; España y Portugal, 2.296, y Suiza, 1.263 pies.

La leyenda de la momia

En el "British Museum", de Londres, hace poco existía, según parece, una momia que tenía el maligno y misterioso poder de ocasionar desgracias a cuantos se le aproximaban.

Después de iniciada la guerra cundió entre el público londinense la versión de que todos los reveses que los aliados sufrían se debían a la tal momia, cuya maléfica influencia había aumentado al empezar la guerra.

El "Weekly Dispatch" cuenta con este motivo que los directores del museo londinense recibían diariamente docenas de cartas en que se les decía destruyeran la peligrosa "momia de la desgracia", hasta que un día el doctor Bunch, uno de los directores del Museo, entrevistado por el periodista Mr. Máximo Ryan, invitó a éste a conocer la fatal reliquia. Valientemente, el periodista aceptó la invitación y... tuvo la satisfacción, no exenta de sorpresa, de constatar que... el sarcófago estaba vacío...

La imaginación popular no se dió por vencida e inventó entonces la explicación de lo ocurrido.

Un aviador, se dijo, ha robado la momia y la ha arrojado sobre las líneas alemanas.

Para prevenir la ceguera

La conjuntivitis de los recién nacidos produce la tercera parte de los ciegos, enfermedad que se "contagia" en el acto de nacer.

Es muy fácil de evitar y, por consiguienet, la partera y la cuidadora son responsables de la ceguera de 33 sobre cada 100 ciegos.

Procédase del modo siguiente:

1.° Con las manos muy bien limpias, lávele los ojos al niño inmediatamente después de nacido: primero los párpados, abra éstos después y déjele caer adentro unos chorritos de agua hervida; séqueselos, en seguida.

2.° No use para esta limpieza otra cosa que algodón hidrófilo esterilizado que cambiará todas las veces que haya tocado con él al niño.

3.° Repítase la operación durante una semana.

4.° Si dentro de la semana de nacido el niño o más tarde, se le hincha uno de los párpados, se ponen colorados, o tienen una secreción cualquiera, acuda inmediatamente al médico; puede tratarse de una terrible enfermedad que deja ciego en horas.

Cumplan los padres con este sencillo requisito y evitarán a sus hijos la gran desgracia de la ceguera, en muchos casos.

¡OH, EL TIEMPO!



La joya de la casa. Treinta años después.

Lecturas estimulantes

Al triunfo por la voluntad y la cultura

Puntos de meditación para espíritus de todas clases

La edad heroica

IV.—Estudiantes y estudiosos.

¿Veis qué contraste entre aquel trabajo servil del pobre escolar que se aprende sus lecciones de memoria, y la labor elevada, libertadora del espíritu? ¿Qué contraste entre el estudiante y el verdadero estudioso, entre aquella galera turquesca y ese prado de fresca verdura, de que hemos hablado!

¡Cómo pasar de la una al otro? Ese es todo el problema.

Recordemos lo dicho: los males provienen siempre no de un exceso de esfuerzo, sino de una falta de esfuerzo. Aplicándolo al caso concreto, observemos que los males, las penalidades del estudiante no nacen de que estudia mucho, sino de que estudia poco, de que se queda en lo exterior, en la superficie, en la letra de los textos y manuales, y no penetra en lo hondo de la seria labor científica. No disminuyen las dificultades e inconvenientes estudiando menos; ni saltando unas lecciones y preparando otras alternadamente; ni reduciendo todavía más los compendios, súmulas y remedia-vagos.

Nada de eso; el remedio está en pasar de la corteza, en hincar allí los dientes para llegar poco a poco a la almendra interior, al germen vivo del trabajo científico, a la investigación de primera mano, a la lectura de los grandes autores, a la reflexión propia y el pensamiento original. Cuando una asignatura nos pase, no nos echemos atrás, porque nos pesaría más todavía; cuando una asignatura nos parezca intolerable, tratemos de profundizar en ella pensando que allí dentro, en aquello mismo que no nos gusta, que quizá no puede gustarnos tal como lo estudiamos, hay algo que hoy despierta el interés de espíritus, los más elevados, quienes le sacrifican su tiempo, su fortuna, su salud, acaso su propia vida.

Sea lo que sea la ''asignatura'', tiene que corresponder a una rama de la ciencia, por la que circulará la savia que vivifica el árbol entero. Culpa nuestra será si la consideramos aislada, seca, muerta. Culpa nuestra si nos quedamos a la entrada de la caverna en cuyo fondo, allá en lo oscuro, está la fuente de aguas puras y vivas que apagaría esa sed de conocimiento que todos llevamos en el alma. La ''asignatura'' no es más que el recipiente, la vasija: dentro, en lo hondo, está el agua que anhelamos, agua que, como la de la fuente de Amelés, no cabe en ningún vaso y rebosa de todas las ánforas.

Debe tomarse la ''asignatura'' sólo como un núcleo central alrededor del cual pueden hacerse estudios más amplios, lecturas de primera mano, investigaciones en bibliotecas y laboratorios.

Pero quizás alguien esté tentado a decirme: esto es pedir mucho; si no podemos con la ''asignatura'', con los estudios oficiales, ¿vamos todavía a intentar estos nuevos esfuerzos? No llegaremos nunca.

Pero, amigos míos, no se trata de llegar. La ciencia no es un punto de llegada, sino un punto de partida. La ciencia es un camino, como precisamente se hallan los que creen que la ciencia consiste en preparar un programa y aprenderse un texto. Si podemos poco, hagamos poco; si sólo una hora al día, que por lo menos sea una hora de serio trabajo científico, una hora dedicada a nuestro perfeccionamiento interior y a esa contribución colectiva, impersonal, con que se va construyendo la cultura.

No de esos estudios, sino de la superficialidad fácil de los semisabios y semieruditos, nace esa pedantería, esa vana suficiencia que tanto dificulta y tanto desacredita la labor intelectual.

Luis de **ZULUETA.**

Memorandum

PARA CADA DIA DE LA SEMANA

I.—La moral aprovecha más cuando se insinúa en el alma por medio de máximas o pensamientos desligados los unos de los otros.—**Séneca.**

II.—Hay en la mirada humana, animada por la cólera, cierta especie de contagio terrible que involuntariamente se comunica. —**Chateaubriand.**

III.—Los indecisos pierden la mitad de su vida; los enérgicos la duplican.—**Porfant.**

IV.—Se ha terminado por comprender que todo trabajo debe hacerse sin aburrimiento; es preciso que el trabajo guste, y para que así sea hay que desechar toda tristeza.—**Maret.**

V.—La paciencia es un árbol cuya raíz es amarga, pero cuyo fruto es dulce.—**Persa.**

VI.—Aprende a conocer a los hombres; es preciso que sepas con quién vas a tratar, qué es lo que quieren de tí y qué es lo que puedes dar.—**Roudés.**

VII.—El deber de la belleza es, ante todo, la obligación de mantener en nosotros, por medio de una inteligente higiene y de una vida normal, la salud, fuente de la belleza duradera y transmisible. Es también el deber de asegurar la juventud, mediante una buena educación física, el vigor de los músculos y el armónico desarrollo del cuerpo.—**Odette Laguerre.**

El jefe de publicidad

Conviene tener en cuenta que el anunciar no consiste sólo en destinar sumas más o menos grandes a ese objeto, sino que es el arte de informar al público interesándole en favor de una marca, de un producto o de una casa comercial, y ello requiere conocimiento previo de ese arte, lo que en algunos países ha dado lugar a la creación de una profesión especial, para la que no todos tienen aptitudes.

El individuo que a tal profesión se dedica, posee todos los conocimientos necesarios para hacer eficaz el anuncio y las diversas clases de publicidad tanto en su confección técnica como en su redacción.

De ese individuo se ocupó hace poco el periódico inglés ''The Daily Mail'', de quien decía con bastante acierto:

''El mejor vendedor del mundo es el que puede vender sus mercancías mientras duerme. No se encuentra ese hombre detrás del mostrador de una tienda ocupado en pesar un kilo de manteca o en medir un metro de cinta; tampoco se halla entre los viajantes de comercio, corriendo de ciudad en ciudad, para visitar a los detallistas. Esos vendedores son buenos evidentemente en su oficio, pero éste es sumamente limitado.

''Por el contrario, el vendedor de que hablamos, es el que confecciona los anuncios por categorías especiales de mercancías, es el que escribe a propósito de esas mercancías de una manera convincente, y, dado su trabajo a la imprenta, va tranquilamente a acostarse, y mientras duerme, su publicidad habla por él a millones de personas.''

El jefe de publicidad tiene reservado un puesto envidiable en el mundo comercial. El será el vendedor del porvenir.

El catálogo, el anuncio, el prospecto, que son obra suya, le dan derecho a usar por antonomasia, el título de vendedor universal.

Consejos de un millonario

EL SECRETO DEL EXITO

El triunfo es una sencilla cuestión de honradez, de concentración e inteligencia. No hay que preguntar si en los cargos elevados de una empresa se ha reservado puesto a los hombres de excepcionales facultades. No necesitan éstos ninguna protección. La cuestión estriba en saber cómo podrán obtenerse los servicios de esos hombres inteligentes. En toda profesión, como en todo negocio, las cumbres son amplias; caben muchos. El problema está en llegar a ellas. El medio es muy sencillo: trabajen en el negocio con un poco más de habilidad de la que ponen las medianías en el mismo trabajo. Una vez descartadas esas medianías, el éxito de ustedes es seguro; será proporcionado a la inteligencia y a la atención que empleen para salir de ese término medio. En los negocios encontrarán muy pocos hombres capaces de conquistar un puesto en la cumbre; en las laderas y al pie de la montaña están los más. Si no llegan ustedes a lo alto, no lo achaquen a su mala estrella, sino a ustedes mismos. Los fracasados aseguran que tal o cual compañero que descuella, debe su encumbramiento a las ventajas que halló, al destino, a las circunstancias propicias. Hay en lo que dicen muy poca verdad. El fracasado ha intentado saltar una corriente de agua; cae y el agua le arrastra. Otro salta desde el mismo sitio y llega a la orilla opuesta.

Estudiemos ambos hombres. Faltábale al que cayó al agua, reflexión suficiente; no había medido sus fuerzas; era torpe, no se preparó, no supo saltar. Fiaba en la suerte. Era como aquella joven a quien se le preguntaba si sabía tocar el violón; respondió: ''No lo sé; no he probado nunca de tocarlo''. El joven que salvó la corriente, se había preparado: sabía hasta dónde podía saltar. Estaba absolutamente seguro, al menos de una cosa: que saltaría a distancia bastante para ganar tierra y proseguir su camino. Demostró discurrir sabiamente.

El prestigio es una gran cosa, amigos míos. El hombre que gana fama de triunfar en cuanto emprende, ve cada año ampliarse el campo de sus operaciones y crecer el número de encargos que se le confían. En mala posición se halla todo aquel que se ve obligado a confesar su derrota y a solicitar la ayuda de sus amigos.

A. CARNEGIE.

El anuncio

SU ORIGINALIDAD

Produce siempre la originalidad magníficos y seguros resultados, pero es difícil de hallar, aunque en realidad no tanto como a primera vista pudiera parecer. El primer comerciante que hizo uso de la caricatura, del chiste o del aviso disfrazado de noticia útil, seguramente alcanzó gran popularidad. Todos los días podemos observar los felices éxitos de quienes tienen la suerte de dar con la originalidad, virtud que, si muestra en todo su eficacia, la revela excepcionalmente en los procedimientos de publicidad y, en general, en todas las manifestaciones del comercio. Los comerciantes lo saben: son prodigiosos los esfuerzos que se hacen por obtener el rico premio que la originalidad concede a sus inventores. Prueba de ello es que las innovaciones son, inmediatamente que aparecen, copiadas o remedadas por miles de industriales que intentan, a veces con algún fruto, aprovecharse del revuelo que producen en el público. Una de las más eficaces originalidades del anuncio periodístico es el artículo en el cual habla el cronista de cosas diferentes, todas ellas amenas e interesantes, o refiere un suceso o un cuento, yendo siempre a parar a las excelencias, baratura y condiciones de los artículos que vende determinado comerciante. Otra de ellas es el chiste ilustrado con caricaturas que se incluye entre los demás del periódico y que se refiere también a la conveniencia de comprar en una tienda determinada.

Otra es la del anuncio que ocupa una página entera y que asombra por el tamaño de sus letras y por el desembolso que supone para el comerciante. Otra y, por cierto la más digna de elogio, es el anuncio artístico, ilustrado por artistas de fama; tiene a veces gran mérito y generalmente mucho atractivo, sobre todo cuando las figuras son policromas.

Cuatro ''no''

A LOS QUE MANDAN

NO dirijan constantemente reproches a sus empleados. Hasta los bueyes trabajan mal si se les acosa siempre.

NO humillen nunca a un hombre llamando la atención de todo el mundo sobre sus defectos o reprendiéndole en voz alta delante de otros. Llámenlo aparte. Ese hombre agradecerá semejante consideración y les será leal.

NO traten a sus empleados como si fueran niños inexpertos. Puede ser que en más de una ocasión o en más de un asunto, sepan ellos más que ustedes.

NO se abstengan de elogiar a un empleado cuando lo merezca.

Correspondencia

Juan Alvarez.—El animal apellidado mamut es un elefante fósil de la época cuaternaria en Europa y Africa. Actualmente se han encontrado esqueletos que se han podido reconstruir.

Científico.—Las palabras en fin de renglón no se pueden separar más que por sus sílabas, sin dejar éstas cortadas por los elementos literales que integran cada una y siguiendo las reglas establecidas. Las palabras consultadas se han de separar así: ''au-ro-ra'', ''pe-lea'', ''aé-reo'', ''pla-no''.

Juan Mendizábal.—Mercurio, de la mitología griega, simbolizaba el comercio y era el mensajero de los dioses. A su vez era el dios de la elocuencia y de los ladrones.

Horacio Caldi.—Las palabras latinas ''ad valorem'' quieren decir ''según su valor''.

Hernán Polavieja.—La Polonia rusa, o sean las provincias del Vístula, abarca una extensión de 127.320 kilómetros cuadrados, poblada por 12.130.000 habitantes.

La novia del capitán

Para ''Fray Mocho''.

La música del batallón que se alejaba hacia el Retiro, iba languideciendo. Poco a poco la vibración de los clarines perdía la marcial sonoridad, que al pasar, hace estremecer las fibras y todo el ser se conmueve.

Marta, a través de su vidriera, con la mirada vaga, contemplaba el centelleo de las bayonetas. El batallón se alejaba, se alejaba... ¡Cuántas jóvenes hermosas, desde las aceras y desde los balcones fijaban su mirada en la figura esbelta de Saúl, que mandaba el regimiento! ¡Cómo le hubiera ella despojado de toda su armadura, de sus botones, de su casco, para que ninguna dama le mirase: para que nadie, con insinuación o con sonrisa, profanara la consagración de su pensamiento! Y a medida que el batallón iba alejándose, como si el ritmo de aquella masa obscura que subía y bajaba uniformemente, a la distancia, moviera su pensamiento, iba cargándose de nostalgia y su cabeza tomaba posiciones de hastío y desconsuelo.

—¿Si me fuera infiel? ¡Oh... no, Dios mío!...

Y el batallón seguía, seguía... En la pared lateral, el eco de las cajas resonaba cada vez más tenuemente... Talac... talac... talac...

La noche era de luna plena.

—¿Y Saúl?...

El militar de la figura esbelta, del torso escultural, no llegaba.

Marta, detrás de su vidriera, ávida de amores, con el ánimo mezclado de celos y de deseo, aguardaba.

Las 10 sonaron en un reloj.

—¡No vendrá... ya!...—dijo suspirando con desaliento.

Soltó su cabellera, como si desatando sus hebras de seda crespa abriese la jaula a los pensamientos que anidaban en su cabecita.

—¡No vendrá... ya!...—repitió más tenuemente.

Recostóse sobre el diván y sacando del seno un papel, púsose a leer:—''No confíes, querida, en las promesas del capitán. Así, con esa dulzura, con esas místicas palabras con que—según me decías en tu carta—Saúl te juró su amor en aquel baile, el teniente, aquel que fué ''mi'' teniente, una y mil veces me confirmaba el suyo. Y luego... ¡ya sabes tú, bien, el cuarto acto de nuestra opereta!...''

—¡Oh... Corina, Corina! ¿Por qué me habrás escrito así? ¡Qué pena, Dios mío! ¿Podrá olvidar Saúl? ¡Oh... no, no quiero pensarlo! ¡Saúl es demasiado hombre para ser perjuro!...

Y repuesta de aquel momento de arrebato, volvía a la carta:—''... los militares son artistas de la fuerza; como los artistas del canto y de la pintura, ellos atraen hacia sí la admiración mundana. ¡Y cómo reemplaza el orgullo al amor de una mujer! ¡Cómo viven a expensas del orgullo los hombres que se exhiben! ¡El aplauso, la admiración, la conquista ocasional y ardiente, las emociones fuertes que sacuden y se renuevan, ese es el aliciente de su vida!...''

—¡Oh, carta maldita!... ¿Será verdad?... ¿Será verdad, madre mía, que haya en el mundo tanta maldad?... ¡Oh no, Cora, Cora, no todos piensan así!...

Hizo un cucurucho con la carta y la dejó caer. Apagó la luz y el resplandor purísimo de la luna cubrió con un blanco tapiz todos los muebles del gabinete. Acercó el diván a la vidriera y abandonando su cuerpo rendido sobre el respaldo muelle, miró pasar los coches de punto y los lujosos automóviles. Todos o casi todos conducían una pareja. ¿A dónde irían? ¿Qué astro alumbraría la senda de su amor? ¡Oh misterio de las noches de languidez! ¡Oh noches de insomnio de las grandes capitales!...

La caravana de carruajes era larga. Interminable... ¡Qué de ojos grandes y relucientes a la luz de la luna!... ¡Qué de oro y de sedas!... ¡Cuánta vanagloria!...

Toda a los ojos de Marta, desfilaba como una procesión mágica. Ora, asociábanse las ideas, complicándose sus celos; ora, por la repulsión que le producían las muñecas casquivanas, quería desembarazar a Saúl de cuestiones semejantes. Pero, firme en su labor de roedora, la implacable duda seguía trabajando en su cerebro.

De pronto, con movimientos de autómata, irguióse en la butaca.

—¡Oh... madre mía!... ¡madre mía!... ¡ven! ¡Qué horror, madre mía!...—Y prorrumpió en llanto convulsivo:—¡Saúl, ingrato, ingrato!...

Por la ancha avenida deslizábase un milord que arrastraban dos briosos corceles. Pasó frente a la vidriera. Por encima del respaldar, flameaba locamente una mecha de plumas, blancas y verdes, mezcla de penacho militar y de atavío de mujer...

—¡Ah... la vida, la vida!...

Dió dos o tres pasos entrecortados y dejó reposar su cuerpo sobre el lecho.

Arturo M. MAÑÉ.

En Hanover (Colonia del Cabo), existe una especie de salamanquesa llamada en el país ''getge'', cuya cola se desprende apenas se toca y empieza a dar los más extraños saltos, entreteniendo con ellos la atención de cualquier enemigo del reptil, mientras éste huye y se pone en salvo. Pocos días después, crece una nueva cola y el animalito está en disposición de volver a burlarse de quien le ataque.

El mayor precio pagado por una prueba de un grabado en madera, ha sido indudablemente el de cincuenta mil francos, en cuyo precio se adjudicó, en 1893, uno de Rembrandt, del cual no existen más que tres pruebas.

Por otro grabado del mismo autor se han pagado 43.000 francos. Uno de Valentine ... en se adjudicó en 24.000 francos, otro del mismo grabador en 7.000 y varios en 6.000 y 5.000.

Entre los obreros que trabajan en las salinas, no se declara nunca el cólera, la viruela, la escarlatina ni la grippe.

El papiro de Prisac, considerado por algunos como el libro más antiguo del mundo, presenta la escritura jeroglífica egipcia en su forma más primitiva. Es la filosofía moralizadora de un anciano que añora los tiempos pasados.

El primer reloj de sol fué llevado a Roma el año 293 antes de Jesucristo. Treinta años después llevaron otro de Sicilia, pero los romanos no sabían usarlos de manera que la sombra del gnomon fuese un índice de las horas.

A propósito de la campaña de nuestra colaboradora Mina Mara.

Aunque velada bajo el benéfico manto de la incógnita, Mina Mara se nos revela un espíritu superior en medio del decaimiento moral que nos abruma. Hay robustez energía y pensamiento en ese espíritu femenino. A la sola presunción de una catástrofe irremediable lanza el inteligente alerta que ha de ponernos a todas sobre aviso. Va s aludududududududuldulduluuuuuu Va más allá: investiga el porvenir, sabe buscar el remedio eficaz para combatir el mal que nos amenaza.

Por patriotismo o idealidad invoca las delicadas fibras femeninas para conjurar el peligro. ¡Laudable es este empeño, con tanta más razón cuánto que en esta hora trágica de la historia humana, en medio de los horrores que ella encierra, nos ha proporcionado como lenitivo extraordinario, singular e inesperado—la demostración palpable de que la mujer es un ser capaz, altamente capaz, de desarrollar sus aptitudes en cualquier terreno y en cualquier esfera.

La mujer europea, la que ha sentido y siente en estos instantes lacerado su corazón por la atroz mordedura del dolor—ha sabido agigantarse en el esfuerzo soportando su infortunio con resignación estoica, y lejos de replegarse en sí misma ha ido a esparcir por doquiera la benéfica influencia de su amor y de su capacidad, lo mismo en los fúnebres campos de la muerte, como en los animados sitios del arte y de la industria. Y en todos dejó sentada su grandeza, su ternura, su constancia, unidas a su dolor, se entiende. Ya nadie duda de triunfo de la mujer europea, aquirido en la lid gloriosa, donde se puso de manifiesto el temple soberano de su espíritu.

Bien hace Mina Mara en pretnder despertar el dormido espíritu femenino en esta región de mundo!... Bien hace en recurrir al sentido práctico de la mujer, incitándola a que coopere a la grandeza nacional con sus medios económicos, con su deferencia hacia nuestra incipiente industria, hasta con su propio esfuerzo! ¡Bien hace! Desde que bien podría ser esta joven América la cuna de la paz universal...

Y si esto fuera así... ¡qué hermosa revelación la que surgiría a la luz, aun después de ocultar entre los graciosos pliegues de su ropaje, los vestigios de su ingrata somnolencia!... Porque la mujer argentina, con honrosas excepciones, está aún muy lejos de conocer la grandiosa misión que puede llegar a desempeñar. Ignora que como madre — al igual de todas las madres del universo — tiene entre sus manos el destino de la Humanidad..' Ignora esto, y duerme, duerme el pesado sueño de la ignorancia; al arrullo, seductor a veces, poro pérfido siempre, de las alabanzas prodigadas a la nulidad de su destino...

¡Despertémosla pues!... Y que ese despertar sea la elevada consecuencia de la educación para su cerebro.

¡Despojemos de las frivolidades de que ha hecho gala hasta ahora! ¡Hagámosla comprender que su misión no consiste sólo en orientarse, como una Nora ibseniana!...

Digámosle que la magnífica evolución de su ser entero debe ser obra de educación... ¡Ya que la educación lo es todo! Hasta la paz misma entre los hombres, tan torpemente menospreciada hoy, será obra de educación...

¡Educar a la mujer argentina! ¡He ahí la gran misión en la que hoy se engolfa Mina Mara!

¡Yo la aplaudo! Consecuente con mis ideas, me apresuro a enviarle mi sincero aplauso por su inteligente y odavele empeñoño. ¡Que él repercuta en el corazón y el cerebro de la mujer de nuestro suelo!... Y llegue a ostentar más tarde como un galardón preciado, la consecuencia noble, admirable y gloriosa de haber podido elevar a nuestra mujer hasta un nivel moral superior, en el que hasta ahora, atavismos y creencias estuvieron muy lejos de colocarla.

Juana María BEGINO.

Una carta inédita de Miguel Cané.

Entre algunos escritos inéditos del doctor Miguel Cané—que hemos tenido en nuestro poder—encontramos el principio de una carta que, concluída, habría sido un juicio admirable sobre el poema "Lázaro", de nuestro eximio poeta doctor Ricardo Gutiérrez, a quien, dicha carta, iba a ser dirigida. Y hemos dicho "concluída", porque ella no fué nunca terminada, tal vez porque el doctor Cané dejase para momento más oportuno su continuación, momento que, desgraciadamente, para las letras argentinas, se prolongara indefinidamente, a causa del quebranto moral que, por aquellos mismos días, sintiera el eminente autor de "Cora" y "El Corsario".

Esa circunstancia motivó, sin duda, que el "Cantor de Lázaro", ignorara siempre cómo había juzgado su obra el doctor Cané; y, acaso, habríamosle ignorado, también, nosotros, si la casualidad—esa inseparable y bella compañera del escritor y del artista—no nos hubiese proporcionado el grato encargo del hallazgo y por ende, de su divulgación.

Dice así, la carta enunciada:

"Señor D. Ricardo Gutiérrez.

Mi querido:

Ayer fuí sorprendido por el regalo de su "Lázaro" impreso, que deveras no esperaba. A pesar de mi separación casi absoluta de las letras, recordaba, como una cosa querida, que su poema esperaba en el silencio del gabinete, su momento oportuno. Al menos ésta era mi creencia, porque me lisonjeaba que mi consejo había sido aceptado. No lo ha sido, y ahora me alegro de ello. El obrero que recibe de Dios el fuego divino, tiene que recorrer la vida arrojando al viento las plumas doradas de sus alas como la mariposa, aunque entre esas plumas vayan confundidas algunas de menos bellos colores, y correr y producir siempre, porque esa es su misión. El "Lázaro", vegetando, habría amortiguado su fe, y la fe, mi dulce amigo, es la savia sagrada del corazón y del espíritu.

"Lázaro" es sublime, intachable...

. . . ."

Hasta aquí la carta del doctor Cané.

Lástima grande que—como ya lo dijimos—la inconclusión de ella, haya originado para las letras nacionales, la pérdida de un trabajo literario de incontrastable mérito.

Sin embargo, la opinión sobre ese poema, claramente expresada, en sólo "dos palabras" por el nunca bien recordado autor de "Juvenilla", es una opinión valiosa y competente, que estimamos deber patriótico salvar del olvido, no sólo por su origen, sino por referirse, también, a una de las producciones que, como "Lázaro", señalan ventajosamente una época para nuestra literatura.

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

AVICULTURA. -- Momento propicio

Cuando, en otra época, llegaban a la Argentina importantes contingentes de aves, —que actualmente no se reciben más que muy escasamente, como consecuencia de las dificultades creadas por la contienda europea,—generalizóse el cultivo de la avicultura hasta un grado muy manifiesto, cundiendo rápidamente el entusiasmo, dando ocasión tan inusitado desenvolvimiento a que pudiera suponerse, lógicamente, que la industria había de arraigarse entre nosotros, con raíces hondas definitivamente, en un breve período. Corroboraba tales satisfactorias perspectivas la consideración de las condiciones insuperables que el país posee, condiciones difíciles de encontrar, reunidas, en otros países, y que constituyen lo que bien podríamos denominar "bases primas", para permitir y propiciar, en medida intensa, la fácil explotación de las aves, en forma ampliamente industrial, con resultados de efectivo provecho.—Nuestro clima, benigno, nuestro suelo vastísimo, nuestra agricultura, rica y pródiga en elementos nutritivos, apto el mercado, todo ello, cooperado por el ambiente reinante,

Rhode Island Reed (cresta doble y simple)

hubiera hecho concebir, aun al más escéptico, fundadas esperanzas. ¡Parecía, realmente, que la avicultura, tras largos años de letargo, reaccionaba, cobraba alientos, para aportar su beneficioso concurso a nuestro magnífico concierto agropecuario!

Fuerza es reconocer, no obstante—¡y es sensible tener que reconocerlo!—que tales augurios no hallaron correspondencia en el terreno práctico, pues, si no falló nunca la influencia favorable del clima, de suelo, de la abundancia de alimentación, y el mercado se mantuvo siempre abierto, faltó, en cambio, la necesaria contracción para ser constantes, en quienes habían emprendido la explotación y parecían llamados a impulsarla. Redújose todo a algo así como tormenta de verano, pues el entusiasmo que despertaron las aves fué pasajero, y muy fugaz su "cuarto de hora" de resurgimiento. Visto el desenlace, no sería equivocado imaginar que fué el prurito de seguir la corriente, la circunstancia que indujo a muchos a improvisarse "criadores", y no, como era de esperar el encomiable deseo de proplsar en el país la explotación avícola, hasta convertirla en una de sus industrias madres. Caprichosamente dedicóse atención, entonces, al cultivo, y, por capricho, también, se abandonó luego, porque la moda, y no otra causa razonable, impuso de buen tono cuanto se refiriera a los sencillos pobladores del corral—ajenos a las disposiciones de la veleidosa señora. No es espíritu de censura, ciertamente el que nos informa estos comentarios, puesto que preferimos pasar por alto lo censurable del caso, para concretarnos a significar que es tiempo aun de que aquellos yerros puedan ser subsanados, haciendo resaltar, muy especialmente, que el momento presente sería el más indicado para emprender la obra de reparación, pensándose seriamente, sin caprichos ya, en la conveniencia de llevar a la industria al lugar que le correspondería ocupar desde mucho antes. Nos libraríamos, así en gran parte de la carestía de la vida, y, al aminorar la crisis, habríamos conseguido, igualmente, emanciparnos en tal renglón, dejando de ser tributarios del extranjero. Nunca como hoy se han evidenciado tan claramente las resultancias de nuestra falta de organización industrial en materia avícola, resultancias que pesan sobre nosotros mismos, como es natural. Por apatía incomprensible, nos vemos obligados a soportar exorbitantes cotizaciones, por los pocos productos que pueden adquirirse. ¡Es, en verdad, un contrasentido imperdonable que ello ocurra en un país de las característica argentinas!—DICK.

TODO SE EXPLICA

—Tu hermana exagera; dice que tiene veinte años y todos sabemos que tiene veintiseis

—Es que aprendió a contar cuando tenía seis años...

EL AGUARDIENTE

La historia del aguardiente principia con la invención de la destilación, por los árabes.

En el siglo XIV se empleó principalmente como medicamento contra la peste y otras enfermedades infecciosas, y parece que en Irlanda se tomaba para fortalecer el ánimo.

En el siglo XV estaba ya muy generalizado en Alemania.

Miguel Savonarola dió a conocer un procedimiento para determinar la cantidad de alcohol contenida en el aguardiente.

En 1543 impusieron en Baviera una contribución sobre su consumo.

En Italia se conoció con el nombre de "Acqua vitis" o "Acqua de vite", que quiere decir agua de la viña, y en los monasterios parece ser que lo llamaron, como medicamento, "Aqua vitae", elixir ed vida.

Un grave peligro

Alarmante proporción de la mortalidad infantil.

Atendiendo a la persistencia con que los estudios demográficos universales han venido revelando, durante muchos años, el terrible flagelo de una enorme mortalidad infantil, sin que la acción pública o privada haya intervenido de modo enérgico para conjurar el desastre, diríase que la humanidad no ha tenido hasta ahora conciencia exacta del valor que el individuo representa, como factor económico y social.

En estos últimos tiempos, la estadística, especie de centinela avanzado que nos previene ante el peligro, logró, con sus repetidas voces de alarma, conmover la indiferencia general que siempre reinó sobre este punto, y llegó a provocar cierta saludable reacción en determinados países. A los Estados Unidos de Norte América cupo la iniciativa en este sentido, y el movimiento que más tarde fué secundado por Inglaterra y que después halló eco entre nosotros, tiende hoy a expandirse por todos los pueblos civilizados de la tierra.

En efecto, ¿era posible admitir impávidamente que un recién nacido y un anciano de noventa años tuviesen las mismas probabilidades de vida? Pues esta es, sencillamente, la enormidad que, con su férrea elocuencia, vienen acusando los números.

c) Por falta de higiene en el hijo.
d) Por falta de cloacas y otros elementos sanitarios.
e) Por uso de agua contaminada.
f) Por falta de parques y plazas.

IV.—Ignorancia de los padres:
a) Respecto de la necesidad de aire puro.
b) Acerca de los métodos de alimentación del niño.
c) Sobre el mejor modo de proteger al niño de los efectos del frío.
d) Respecto de los cuidados que requiere el niño enfermo.

V.—Sistema deficiente de cuarentena y aislamiento.

VI.—Influencia general de la vida en las ciudades populosas.

VII.—Negligencia de los padres.

VIII.—Efectos del clima:
a) Calor y frío extremados.
b) Humedad.

IX.—Ocupación de la madre.

X.—Estado de la madre antes del parto:
a) Efectos del exceso de trabajo.
b) Alcoholismo.
c) Nutrición insuficiente de la madre.
d) Condiciones que inducen al aborto, al nacimiento prematuro y a las deformaciones congénitas.

XI.—Causas hereditarias:
a) Anormalidad de los padres.
b) Debilidad constitucional.
c) Enfermedades hereditarias.

XII.—Miseria.

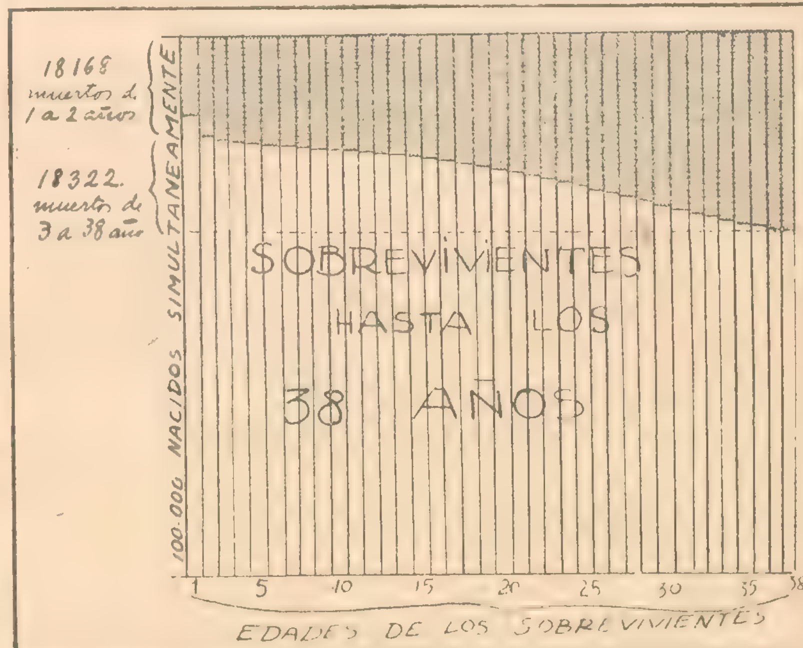


Tabla basada en datos estadísticos, donde se demuestra la proporción de sobrevivientes, hasta los treinta y ocho años, por cada cien mil argentinos nacidos simultáneamente. Obsérvese que entre el nacimiento y los dos años de edad, mueren en la República tantos individuos como entre los tres y los treinta y ocho años

El cuadro de mortalidad infantil que acompaña a estas líneas, demuestra que de cada cien mil nacidos simultáneamente, fallecen en la República Argentina, 18.168 individuos de uno a dos años y 18.322 de tres a treinta y ocho años; es decir, que en los primeros meses de la vida, se producen tantas defunciones como las que ocurren en el decurso de treinta y seis años.

Esta aterradora desproporción, que con muy ligeras variaciones en sus términos, se observara en todos los países, dió margen a que en los Estados Unidos, se promoviese una intensísima campaña para descubrir las causas originarias del fenómeno y atacar las raíces del mal. La labor se extendió a más de ochocientas ciudades norteamericanas y el resultado obtenido fué bastante halagüeño, pues hubo poblaciones como Rochester, por ejemplo, que consiguieron reducir la mortalidad infantil a un tercio de la cifra ordinaria.

Según se desprende de los numerosos estudios e investigaciones llevados a cabo, las causas que más directamente contribuyen a la mortalidad infantil, son las comprendidas en la siguiente tabla:

I.—Alimento indebido:
a) Alimento artificial.
b) Uso de alimento de difícil digestión.
c) Leche impura.

II.—Falta de alimento causada:
a) Por ignorancia de la madre.
b) Por la pobreza.
c) Por la imposibilidad de dar el pecho al hijo.

III.—Condiciones malsanas:
a) Por falta, en el hogar, de luz, aire, etcétera.
b) Por densidad de habitantes.

La leche impura es uno de los factores que mayor contingente aporta al deceso infantil, según han comprobado las investigaciones científicas realizadas.

Bs. AIRES 89
CORRIENTES 103
ENTRE RIOS 10[illegible]
SANTIAGO 112
TERRS. NACS. 119
SANTA FE 122
CATAMARCA 131
LA RIOJA 143
SAN LUIS 150
CORDOBA 154
MENDOZA 157
SAN JUAN 181
TUCUMAN 225
JUJUY 233
SALTA 238

Cuadro de las defunciones de párvulos de menos de un año, ocurridas por cada mil nacimientos, según el censo nacional de 1911.

Un emisario


El abate Olivier Dabescat.

Francia en las trincheras.—Los derechos de Francia.—La guerra y los principios católicos.

Desde hace pocos días se encuentra entre nosotros un nuevo mensajero de la heroica Francia, que al igual que otros que le han precedido nos traen las palpitaciones de aquella nación en la brega en que está empeñada en contra de las añejas autocracias, cuyo próximo fin se vislumbra ya.

Como otras veces fueran artistas, hombres públicos y literatos los que hasta nosotros llegaron con tan hermosa misión, esta es un clérigo, el abate Olivier Dabescat quien viene a hablarnos de Francia.

El padre Dabescat no es un desconocido para nosotros. La copiosa información periodística ya nos ha hablado de él repetidas veces. Sabemos que, contando ya con 40 años de edad, inmediatamente de estallar la guerra se alistó voluntariamente como capellán militar, pasando dos años consecutivos en el frente. Su acción allí fué constante y decidida; hizo vida de trincheras en compañía de su regimiento y durante las horas de combate se le vió en los sitios en que era mayor el peligro, porque allí precisamente era más necesaria su presencia. Bajo el vendaval de hierro y de fuego nunca faltó a los combatientes el auxilio moral y material del valiente capellán, que tuvo por fin que pagar su tributo de sangre, siendo herido gravemente cuando cumplía su sagrado ministerio al lado de los heridos y moribundos.


El capellán del ejército de Francia recibiendo el abrazo del general Parreau, al ser ungido Caballero de la Legión de Honor, en el patio del palacio de los inválidos de París.

Sus disertaciones tendrán la virtud de ofrecer a los creyentes una más clara visión, precisamente en momentos en que se acusa al catolicismo de haber olvidado la misión de paz y armonía humana que le corresponde cumplir.

El abate Dabescat, a quen fuimos a saludar en nombre de esta revista, nos relató cuánta es la confianza que en el triunfo final existe en Francia, cuánta es la fe con que el pueblo francés se sacrifica y lo entrega todo sin una queja y sin desalientos para asegurar y apresurar el advenimiento de la victoria precursora de una paz sólida que le permita entregarse con esa misma fe a la obra reconstructiva.

La primera conferencia que ya habrá dado al llegar este número al público y cuyo tema es: "Francia en las trincheras", será seguida de otras dos: "Los derechos de Francia" y "La guerra y los principios católicos". En sus tres disertaciones demostrará el abate Dabescat que Francia ha sido agredida, como lo es el tranquilo viajero al ser asaltado en un camino; que Francia tiene derecho al respeto, a la simpatía y al amor de todos porque la lucha a muerte que está sosteniendo es tanto por su propia existencia como por la prosperidad de la democracia en el mundo, y por último, que el catolicismo es una de las fuerzas que han permitido a Francia mantenerse dignamente durante la ruda y prolongada prueba a que está sometida.

E. EME.


Banquete con que el personal de "Los Andes" festejaron el 35.° aniversario de la fundación de ese diario.

FRAY MOCHO



Se publica los Jueves

Oficinas: BOLÍVAR, 580 - Buenos Aires

Dirección y Administración: Unión Telefónica, 184 (Avenida)

Precios de Suscripción

En la Capital		En el Exterior		En el Interior	
Trimestre. . . .	$ 2.50	Trimestre. .	$ oro 2.00	Trimestre. . .	$ 3.00
Semestre.	„ 5.00	Semestre	„ 4.00	Semestre	„ 6.00
Año.	„ 9.00	Año.	„ 8.00	Año.	„ 11.00
Número suelto. .	20 cts.			Número suelto. .	25 cts.
Núm. atrasado. .	40 „			Núm. atrasado. .	50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

Teatros

ARTE NACIONAL

Apolo.—Con el estreno de "El secreto de los otros", la compañía Roberto Casaux nos ha ofrecido el viernes de la semana pasada un espectáculo a que, sensible es tener que reconocerlo, no estamos muy acostumbrados a presenciar en el teatro nacional.

Don José León Pagano, el autor de la comedia así titulada, ha probado una vez más ser el autor por excelencia celoso de su nombre y del prestigio de nuestro teatro al no aventurarse en un perjudicial exceso de producción que no permite cuidar la calidad de la labor y da lugar a tantas desgraciadas tentativas que no procuran ni gloria ni dinero y sí malos momentos para autores, público y actores.



Rosa Catá, primera actriz cómica del teatro Buenos Aires.

"El secreto de los otros" posee contornos de teatro extranjero, no obstante mantenerse toda la obra dentro de un ambiente nacional neto y completamente definido, y esta circunstancia es tal vez uno de sus méritos no menores. En su comedia nos presenta el señor Pagano el mundo de los negocios visto con un espíritu de análisis sutil, mordaz y sentencioso, sin caer, empero, en lo declamatorio y mucho menos en lo patético; ha tenido el suficiente buen tacto de detenerse cuando el desarrollo y las incidencias del asunto parecían precipitarlo a esos desplantes tan comunes en nuestros autores, y con una frase irónica, con una interrupción humorística o mediante una transición oportuna, hace decir a sus personajes cuanto ha creído oportuno sin apartarse del espíritu aparentemente ligero de la obra.

Es posible que Montoya, el sujeto principal de la pieza, no sea un tipo real; tal vez sea más simbólico que humano, y así se explica ese cierto amontonamiento de condiciones con que lo adorna. Pero, dentro del convencionalismo del teatro, es una figura trazada con cordura y firmeza, cada una de cuyas características es un rasgo del hombre audaz que lucha denodado por su encumbramiento con armas procuradas no importa cómo. Es, en suma, una simpática figura teatral, de esas que despiertan en el espectador el deseo de que llegue, de que triunfe, porque es fuerte y es tierno; "lobo entre lobos y cordero entre corderos", según el mismo Montoya lo dice. Frente a los fuertes, a los sin escrúpulos, se defiende atacando sin enardecimientos, y ante los débiles se muestra generoso y abnegado. El señor Pagano sabe cuánto es el favor de que goza el triunfador como figura de teatro, y ha construído uno con gran acierto.

El primer acto, que es el más bello de la obra, se desarrolla un tanto precipitadamente, pero no porque el autor no haya sabido evitarlo, sino porque la fuerza misma de la pieza así lo ha exigido. En él se plantea el conflicto que informa la obra y en él se soluciona; los dos actos restantes son complementarios y, en consecuencia, la acción decae en ciertos momentos, aunque entre cada uno de los tres actos no exista casi encadenamiento ni cohesión, pues son más bien episódicos, desde que presenta cada uno una faz de la vida del protagonista, o un tramo de la escala porque asciende desde simple periodista a ministro de hacienda.

En la interpretación, don Roberto Casaux estuvo a la altura acostumbrada, en su personificación del protagonista. Los restantes intérpretes lo acompañaron con toda eficacia.

Argentino.—El lunes anterior se verificó en este teatro el beneficio de los actores señores Alemán, Cuartucci y Colletti, con el reestreno de "Su excelencia"; el vaudeville de Wieteler, traducido por Florencio Parravicini. La divertida pieza fué favorablemente acogida por el público.

El jueves tuvo lugar la función a beneficio de la caja social del Círculo de la Prensa, poniéndose en escena "El mascotón", de don Enrique García Velloso, y el viernes, con "El tango en París" y "La marea", el de los boleteros del teatro.

Con esta serie de beneficios se clausuró el domingo la temporada del afortunado teatro de la calle Bartolomé Mitre.

Buenos Aires. — Con el título "La familia del escribano", don Julio C. Escobar ha hecho estrenar en este teatro una traducción del francés, divertida pieza que permite a los señores Muiño y Alippi procurar buenos momentos de hilaridad al crecido público que concurre todas las noches a este teatro.

Nuevo. — Después de las tentativas realizadas con "La extraña", "La inundación" y "La amarra invisible", se ha vuelto en este teatro a recurrir a "Con las alas rotas", mientras se preparaba el estreno de "La suprema venganza", que debe haber tenido efecto antes de que estas líneas aparezcan, con lo cual se habrá satisfecho la curiosidad despertada con el anuncio del estreno de este drama escrito por don Florencio Parravicini.

TRASPUNTE.



Don Manuel Díaz de la Haza, primer actor y director de la compañía del teatro Victoria, en "Les affaires sont les affaires". El señor Díaz de la Haza celebrará mañana su beneficio con "El cardenal".

El reportaje a Esperanza Palomero

Venimos, señora, dispuestos a someterla a las torturas del reportaje — fueron las palabras con que nos presentamos a Esperanza Palomero, una tarde en el teatro Apolo.

—¿Un reportaje a mí?

—Ni más ni menos.

—Es que yo no tengo nada que contar. Mi actuación ha sido y es tan simple...

—Exactamente...

—¿Qué?

—Exactamente lo que nos dicen todas; no por una falsa modestia, sino porque sinceramente así lo creen.

—Y luego resulta que cada una de ustedes ofrece material para un reportaje tres veces más extenso que los que publicamos en Fray Mocho. *Por otra parte, esa simplicidad o esa falta de episodios, de recuerdos y de sucesos descollantes de que ustedes creen adolecer no es más que el reflejo de lo que hasta ahora ha sido el llamado teatro nacional.*

—¿Por qué dice "el llamado teatro nacional"?

—Esa explicación la dará usted misma en el reportaje que vamos a hacerle, si accede a él.

—Accedo complacidísima, si nos promete no hacer lo que hacen algunos de sus colegas.

—¿Qué es ello?

—Algo que será muy periodístico, pero que se aparta abiertamente de la verdad.

—¿Y es?

—Es que suplen esa ausencia de cosas interesantes de que hablábamos recién con futilidades en que de lo romántico se llega hasta lo ridículo, pasando toda la gama de lo cursi. Se empeñan en hacernos aparecer mujeres complicadas, incomprensibles y torturadas quién sabe por cuantos apasionamientos e inclinaciones, cuando no somos más que buenas chicas, sosegadas y sencillas, sin más pasión que nuestro arte y nuestra familia.

—Bien; prometemos eso y mucho más: es decir no excedernos del reducido límite en que todavía se encuentran nuestras actrices y actores, no sabemos si para bien o para mal del arte teatral argentino, tal como hemos hecho siempre.

—Siendo así...

—¿Su iniciación...

—Hace seis años. El día 9 de agosto.

—Porteña.

—Porteña, aunque muchos me creen española. Nacida en la calle Córdoba, hija de madrileño y andaluza y nieta de moros.

—¡Diablos!

—De mis abuelos no he heredado nada.

—¡Al contrario! Los ojos, si usted nos permite, y esa sutil melancolía a través de la cual pasa como tamizado el buen carácter y la quietud sentimental que la adornan.

—No ve; no ve... ya llegó aquello.

—Perdón; y prosigamos. ¿De que edad se inició en el teatro?

—Tenía doce años.

—Doce y seis, diez y ocho. ¿no es eso?

—...Y algún tiempo que estuve apartada del teatro, forman los 23 que tengo de edad. Debuté con Borrás, pero después de pocos días tuve que separarme de su compañía, debido a mi pronunciación tan poco española y pasé a trabajar con Serrador Marí; mis papeles eran de ingenua, para los que me adaptaba bien por mi físico, luego éste ha cambiado, pero los papeles no, a pesar de lo mal que ahora me quedan. Luego me retiré por un año y medio, para volver a los 15 de edad; estuve dos temporadas con Parravicini, luego estuvimos unos meses con Arellano y volvimos otra vez al teatro de Parra.

—¿Por qué habla en plural?

—Porque estando Casaux y yo con Arellano nos casamos y desde entonces hemos trabajado juntos.

—¿Después?

—Permanecimos tres temporadas con Parravicini separándome en la última por espacio de seis meses, hasta que el "Tango en París" me dió oportunidad, que yo deseaba ardientemente, para volver.

—¿Cuál ha sido su mejor temporada?

—La que hicimos hace cuatro años con Angelina Pagano.

—¿Que obras hicieron?

—"El error de San Antonio", "El halcón", "El asno de Buridán", "Adiós juventud", "Las murallas de Jericó" y muchas otras obras muy buenas.

—¿Su mejor papel?

—El que tuve en "El halcón", que es uno de los pocos escritos expresamente para mí.



—¿Cuál genero teatral prefiere?

—La comedia. El drama no lo siento.

—¿Sus autores?

—Considerados desde mi egoísmo de artista, Pagano, Iglesias Paz y Velloso, que han sido los más generosos conmigo.

—¿Qué opinión le merece el teatro nacional?

—Mi opinión no puede serle más favorable, pero lamento no poder decir lo mismo de los autores.

—¿También usted se queja?

—Sí, y no por mí, sino por mis compeñeras y por todas las que quieren progresar en su carrera. Es ingratitud muy grande la de nuestros autores; parece que para ellos no hubiera más que hombres en la vida.

—Es ciertamente una triste manía.

—Una manía que dará en tierra con el teatro nacional, desde que no permite que surjan nuevas figuras, como lo demuestra la escasez actual de actrices que sean una promesa futura, y cuando las consagradas hoy hayan desaparecido, si no se produce un fenómeno, ocurrirá que no habrá mujeres en nuestro teatro.

—No sé realmente a qué atribuir esta particularidad de los autores nacionales.

—Tal vez falta de decisión para trazar tipos femeninos.

—No, no es eso: sino más bien falta de dedicación para estudiarlos, pues los tipos que han presentado son con pocas excepciones falsos; algunos hay que son una exageración. En el deseo de presentar una mujer ...bemente nos ofrecen verdaderas anomalías; otras veces pretenden ofrecernos una muchacha sencilla, que no pretende más que casarse y nos presentan una tonta. Se esfuerzan por complicar el carácter femenino siendo tan simple y sencillo.

—Si nos permite le haremos notar que usted se está dando la respuesta a la pregunta que nos hizo al principio.

—¿Cree usted que el nuestro no es teatro nacional porque no hay mujeres?

—Creeemos que esa es una de las causas, desde que en la vida de nuestro país es tan importante la influencia de la mujer, aunque no figure ella casi en ninguna esfera de la actividad nacional. Aquí como en todas partes y más que en muchas, debemos buscar la mujer. Siempre, detrás de la acción grande o pequeña que realizamos, está ella que manda.

—¿Entonces nuestro teatro?...

—No sólo no es nacional, sino que ni humano es.

. . . .

—Bien; para terminar. ¿Cuál es el recuerdo más agradable de su vida de artista?

—Mi casamiento.

Y con estas palabras finalizamos nuestra entrevista con Esperanza, la actriz que cuando está en escena nos da la impresión de que no estamos en presencia de una mujer de teatro; tal es la naturalidad y sencillez con que trabaja.

Ernesto E. MARCHESE

Fot. González.



El eximio pianista español don Segundo Pagés Rosés, que próximamente vendrá a Buenos Aires.





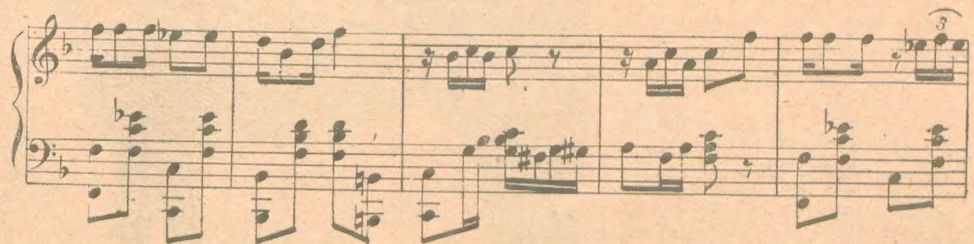
Dedicado a la Dirección de esta revista.

Fray Mocho

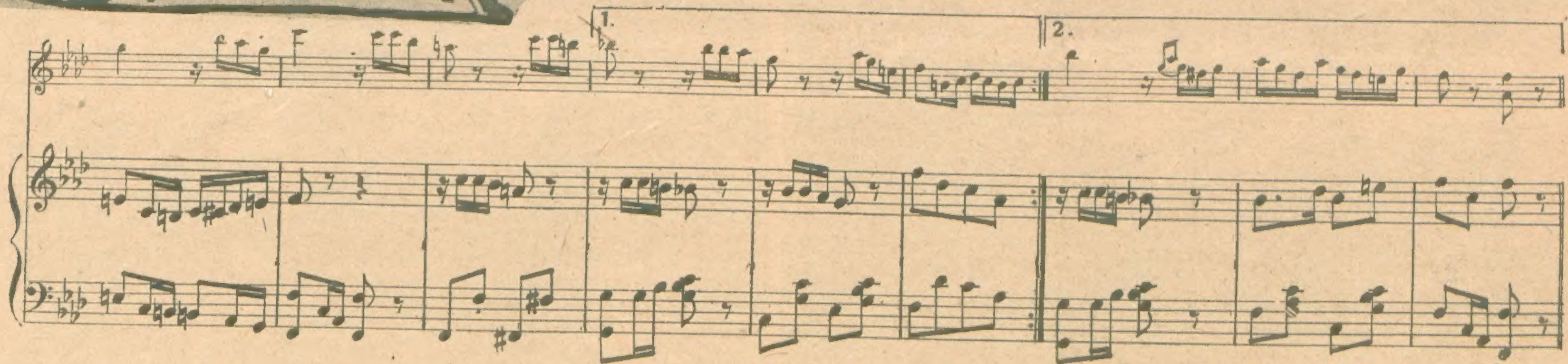
TANGO

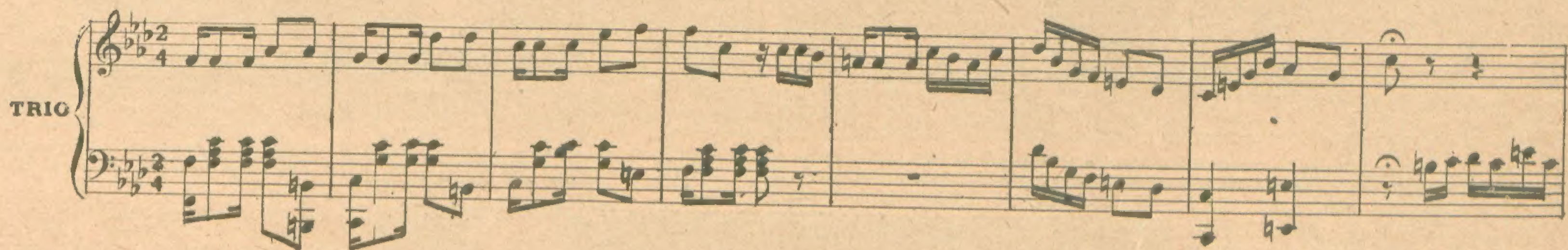
por ENRIQUE S. RIOS

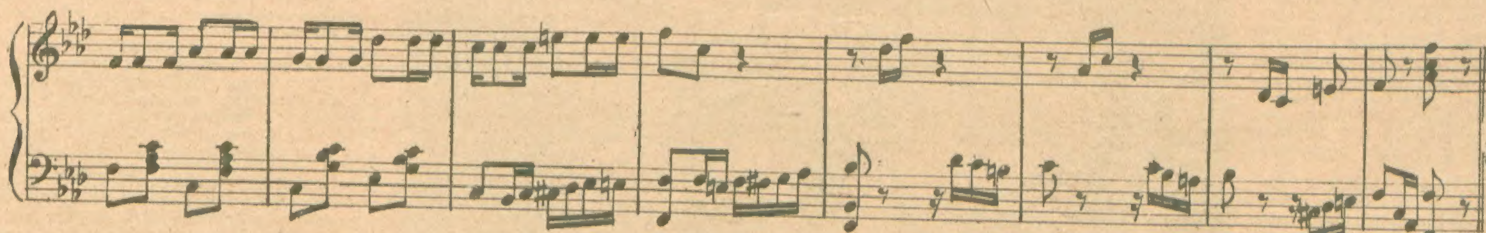
















Compositores de la guardia vieja

Fausto Gómez



Fausto Gómez, actual ''entraineur'' de los studs ''Reims'', ''Anaya'', ''Novela'', ''Oliden'' y ''Picadilly''.



''Mouchette'', la célebre hija de ''Pietermaritzburg'' y ''Rivera'', perteneciente al antiguo stud 'La Guardia'', con la que su compositor Gómez ganara dos veces el ''Gran Premio Internacional'' y tres el ''Gran Premio de Honor'', hazaña no igualada hasta hoy en nuestras pistas.

—''¡A ver, muchachos, esta yegua tiene caída la manta!''—oímos gritar a Fausto Gómez, que inspeccionaba un box, a tiempo que penetrábamos en su stud de la calle Sucre.

—¿En el yunque, don Fausto?—dijimos, saludándole.

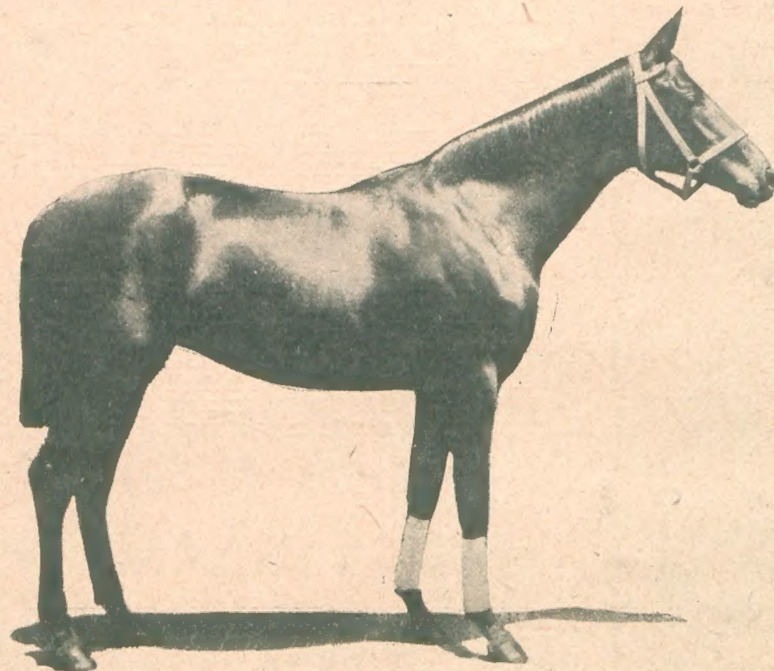
—Como siempre, amigo. Y... ¿en qué puedo servirles?—contestó amablemente.

—Concediéndonos un rato de charla para Fray Mocho.

—Vea, si es referente a los caballos, con el mayor agrado complaceré su pedido, pero si se trata de mi persona, francamente, me declaro ''forfait''.

—Usted no puede echarse fuera, porque sabemos que, en materia profesional, corre con todos los pesos. En consecuencia, tenga algo menos de modestia y un poco más de voluntad para largar el rollo.

Sonrió, giró sobre los últimos escarceos de resistencia, y, al fin, logramos que se arrimara al ''starting-gate''. Alzadas las cintas, tomó punta en tren de confidencias y nos dijo que empezó el oficio hace veintiséis años, ejerciendo de jockey oficial en el stud ''Belgrano'', del que era ''entraineur'' su tío Ireneo Churri; que más tarde dejó de pilotear caballos e ingresó como capataz en el stud ''Iceache'', funciones que desempeñó durante tres años, al cabo de los cuales fué ascendido a compositor de dicha caballeriza, donde debutó en tal carácter ganando el clásico ''Etoile'' con la yegua ''Sibila''; y, por último, que transcurridos unos veinte meses, pasó con igual cargo al antiguo stud ''La Guardia'', hoy denominado ''Reims'', caballeriza que, junto con los studs ''Anaya'', ''Oliden'', ''Novela y Picadilly'', se halla actualmente bajo su dirección.



La dos años ''Belladona'', por ''Yourg Majestic'' y ''Sierpe'', del stud ''Picadilly'', linda potranca en la que se cifran grandes esperanzas.

—¿Y ''Mouchette''?—preguntamos bruscamente.

Y Fausto Gómez, que esperaba la evocación porque la memoria de la yegua le obsesiona cuando habla de caballos, exclamó con un dejo melancólico:

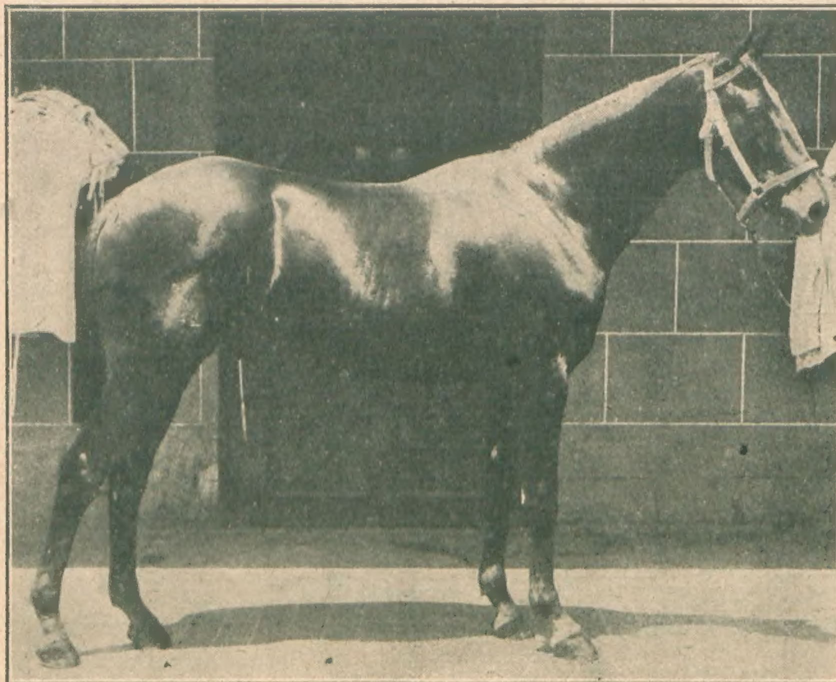
—¡Ah!... ''¡Mouchette!''... Fué una gran yegua, la mejor de cuantas hemos conocido.

Y mientras el recuerdo hizo cruzar por su mente la visión de los grandes triunfos que con aquella alcanzara, continuó diciendo:

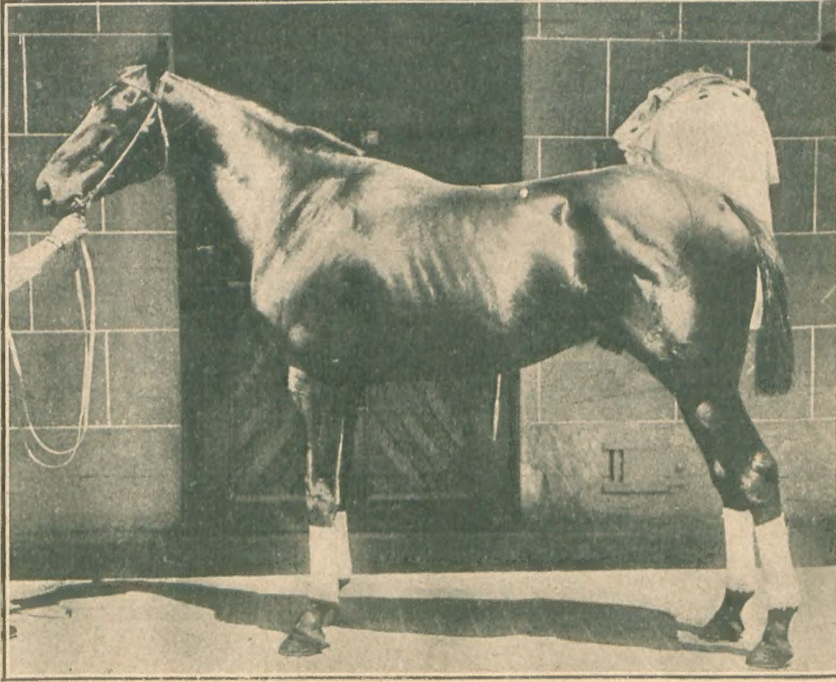
—He tenido a mi cuidado animales de notable mérito, como ''Lancaster'', ''Sibila'', ''Elástica'', ''Campoamor'', ''Pega Pega'', ''Saint Marceaux'', ''Evoé'', ''San's Atout'', ''Two Step'', ''San Borombón'', ''Cantaclaro'', ''Duc de Main'', ''Old Wife'', ''Santander'', ''Marrano'', etcétera, pero puedo asegurarles que entre todos ellos y la yegua existía una gran distancia. Vino a mi poder después de ganar la carrera en que salió de perdedora, y como poco a poco iba revelando excepcionales condiciones, me dediqué a ella con todo empeño y entusiasmo hasta lograr pusiese de manifiesto lo mucho que valía, en aquellas memorables victorias que siempre quedarán grabadas en la historia de nuestro turf. Pocos, poquísimos animales habrá que le aventajen en punto a corazón y a resistencia, y que más bien ganada lleven su fama.

—¿Qué elementos tiene usted en la actualidad?

—Ahora me las rebusco con ''Ojal'', ''Marken'', ''Jubel'', ''Mollie'', ''Bondeuse'', ''Arras'' y ''Very Dry''. En cuanto a animales de dos años estoy preparando un lote de siete productos bastante parejos, y aunque todavía es prematuro hacer conjeturas, sin embargo, le anticiparé que tengo cierta confianza en algunos de ellos, principalmente en ''Belladona'', del stud ''Picadilly'', una linda potranca por ''Yourg Majestic'' y ''Sierpe''; en ''General Golinsky'', del stud ''Novela'', hijo de ''Jardy'' y ''La Silvie'' y en ''Golden Tip'', de la ''ecurie'' ''Reims'', por ''Orinoco'' y ''Tilcara''.



''Golden Tip'', otro potrillo de la misma edad, hijo de ''Orinoco'' y ''Tilcara'', perteneciente al stud ''Reims'', y que según su ''entraineur'' también promete mucho.



El crédito de don Fausto: ''Ojal'', del stud ''Novela'', caballo que está produciendo muy buenas carreras y que debió ganar la que disputó el domingo último, a no haber sufrido un serio contratiempo.

—¿Qué opina de ''Botafogo''?

—Que es el mejor animal que hoy tenemos, y aunque no me atreva a afirmar que sea superior al padre, estoy convencido de que en nuestras pistas no existe actualmente ningún caballo capaz de batirlo. Pero... ''Mouchette'' también era muy buena. Ya recordará que vencí con ella a tres generaciones en las temporadas de 1911, 1912 y 1913, ganando un premio ''Pueyrredón'', dos grandes premios internacionales y tres grandes premios de honor, cosa que creo difícil repita otro animal.

—¿Volverán aquellos tiempos?

—Disponiendo de elementos ¿por qué no han de volver? No quiere decir que a cada instante se tropiece uno con una ''Mouchette'', pero para apuntarse con alguno de esos clásicos no se necesitan milagros. Yo he tenido suerte en este punto, pues gané las únicas cuatro Copas de oro en que hasta ahora tomé parte con mis pupilos.

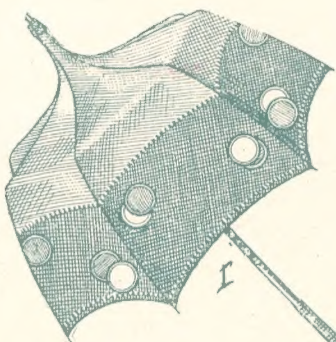
JOTAERRE.



El capataz Máximo Alvarez al frente de los muchachos que trabajan a las órdenes de don Fausto.



Notas femeninas





Leyendo una crónica mundana de la playa de Biarritz, veo que lo que se ha llevado con preferencia han sido los sencillos trajes de voile o de crespón, en los tonos azules o blancos; más bien cortos que largos, con acompañamiento de "chandails", en todos los colores habidos y por haber.

Pero en todos ellos dominaba una gran sencillez y tan sólo se reservaban para por las noches unos preciosos "teagowns" de una gran elegancia, que hacían las veces de toilettes de soirées. Los sombreros que acompañaban las toilettes de día eran, según la crónica extranjera, en general formas grandes, especie de capelinas flexibles en seda, tussor o cualquier otra clase de tejido, con copa drapeada o boina algo voluminosa y con una cinta anudada a un costado. Pero parece ser que las verdaderas elegantes preferían las formas más bien chicas, bien metidas sobre los ojos, por ser más prácticas y resistentes a los embates algo fuertes de los vientos, que así no molestan a su dueña y la despeinan, como suele ser con los canotiers, capelinas, bretones, etcétera.



Asimismo, esto es una de las causas que nos hace gustar tanto de las formas chicas, sobre todo para las que tienen que hacer con frecuencia viajes en autos, pues gracias a ellas no parece sino que recién salieran de su casa, en vez de haber soportado quizás varias horas de [illegible]iaje.

Para playa se [illegible]en mucho gorros y ca[illegible]tes en tricot; algunos son [illegible]mpermeables, con un fondo bastante alto y siempre abollados. En fieltro de color beige resultan muy elegantes, siempre y cuando vayan en el tono exacto de los zapatos y medias, que acompañan trajes blancos o azul obscuro.

He visto, por cierto, un modelo de pequeño gorro de tricot, que no era nada vulgar, con sus dibujos amarillos sobre un fondo azul, al que acompañaba un cache-nez. El bordado dibujaba las orillas de las extremidades, y en vez de tener un fleco, como vulgarmente se ven, tenía una hilera de cascabeles o bellotitas de seda, que le daban [illegible] verdadera nota de novedad. Las boinas de jersey con un pompón arriba de la copa, son lindísimas, sobre todo cuando son llevadas por un rostro juvenil y no el de una venerable matrona, como he visto en un concierto. Ustedes comprenderán lo ridículo que era esa buena señora y los comentarios a que dió lugar con simplemente querer estar a la última moda, sin compasión a sus teñidas canas. Así es que, mis queridas lectoras, guárdense mucho de ciertas modas, pues el papel lo aguanta todo y no todas tenemos siempre la primera juventud, a la cual todo le es permitido llevar por extravagante que sea, escudada por su triunfal primavera. Un poco más de reflexión y consulten sin presunción su espejo, pues él no las engañará, y vayan vestidas y tocadas según su edad, pues gracias a Dios, hay tantas elegancias que sólo es necesario un buen criterio para poder seleccionarlas.



Y me dirán ustedes, viendo los lindos modelos de sombrillas que encabezan nuestra página: ¿se usan todavía? Pues así es, por cierto; sobre todo aquí en Buenos Aires, que el sol calienta tanto, debemos estar contentas al sólo pensar que vuelven a la moda después de haberlas dejado de lado unos cuantos años. Los modelos que más me han llamado la atención son los que figuran con los números I y II, siendo el primero de forma "cloche" con un fondo de seda lisa, con una ancha cenefa pintada a mano, con originales dibujos y unida por medio de una vainilla de seda que se repite a la orilla. En dos colores combinados resultan preciosas. El segundo modelo es inspirado en el estilo japonés combinado con seda a bastones y lisa, con delicadas canastillas de flores, pintadas en tonos esfumados.



Los tres modelos de abanicos para este verano, que figuran con los números III, IV y V, son los estilos que más gozarán de los favores de la moda, siendo el primero un modelo para luto o para las señoras que prefieren el color negro a cualquier otro color. Los otros dos modelos son de hechura nueva y ostentan delicadas pinturas con monturas finamente trabajadas.

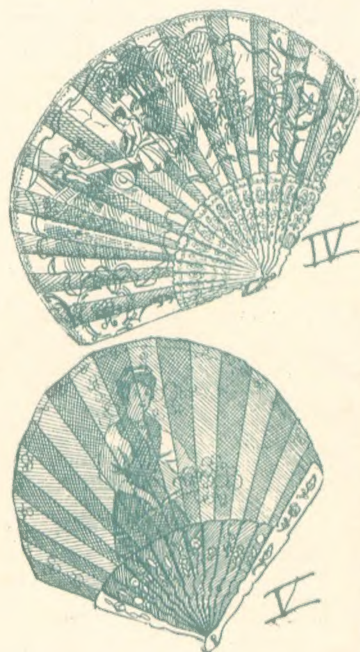
Pasemos, si queréis, a nuestros dos modelos de vestidos estivales: el del centro es en voile de color arena, adornado con finos bordados en tono azul marino, con un original cinturón doble anudado adelante y que termina con dos pompones de seda.

El otro modelo de traje es en color "beige", con bordados en tonos verde, con un cuello "roulé" en satin verde esmeralda. Las mangas son largas, en voile, con un puño bordado en verde. Gran fieltro flexible en color almendra, con una cinta-corbata en satin verde, completa tan bello conjunto.

Relación de los dientes con la belleza.—Los dientes influyen notablemente sobre el aspecto general, sobre el carácter y sobre la expresión del rostro. El óvalo de la cara, sin el que no puede existir verdadera belleza, depende en mucho de la conformación de la boca y del mentón, cuyas formas y posiciones son determinadas por la de la mandíbula, y ésta depende también de la regularidad de los dientes. Aunque la boca esté bien modelada, su bello aspecto será destruído completamente si los dientes son negros, irregulares o falta alguno. Cuando esto último sucede, la mandíbula se contrae y resulta, casi siempre, el rostro arrugado en su parte inferior. Un escritor americano ha dicho que no puede ser fea una mujer que tenga bella dentadura. Conviene recordar, sin embargo, que los dientes no sólo los pone la Madre Naturaleza, sino el dentista.

Influencia de los dientes sobre la salud.—Una buena dentadura vale más que una manzana de casas para ser feliz. La mitad de las miserias y enfermedades humanas se deben, en primer término, a la falta de dientes perfectos.

No se podrá tener nunca una salud completa con dientes malos o cuando algunos de ellos han desaparecido de las encías. La masticación imperfecta es una de las primeras causas de indigestión y de todas las serias consecuencias que de ésta se siguen. La experiencia ha probado que los alimentos no pueden ser digeridos si llegan al estómago sin una previa y buena masticación.

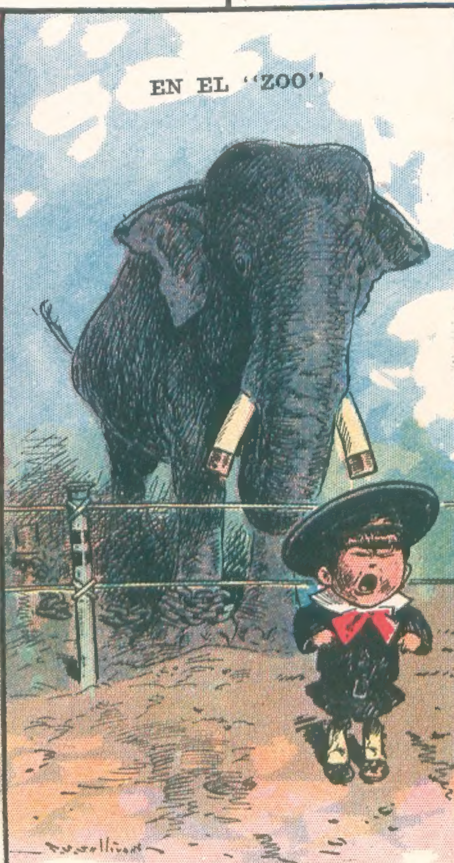


La digestión empieza en la boca y no en el estómago, como generalmente se cree. La incorporación del alimento con la saliva, o sea la insalivación de los alimentos, se verifica durante el proceso de la masticación, y entonces se efectúa inmediatamente un cambio químico por la acción de la saliva, que prepara los alimentos para su completa digestión mediante el jugo gástrico. Y la insalivación no puede tener lugar cuando la boca está falta de dientes, o cuando, por mala costumbre o por necesidad, se come demasiado aprisa. Se observa frecuentemente que las personas que comen con prisa y a grandes bocados tienen el rostro pálido y delgado.—**A. de DAUMONT.**

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires

Avisos ilustrados

43



—¡Se ha comido toda mi manzana!
¡Yo quería darle un bocadito!







43